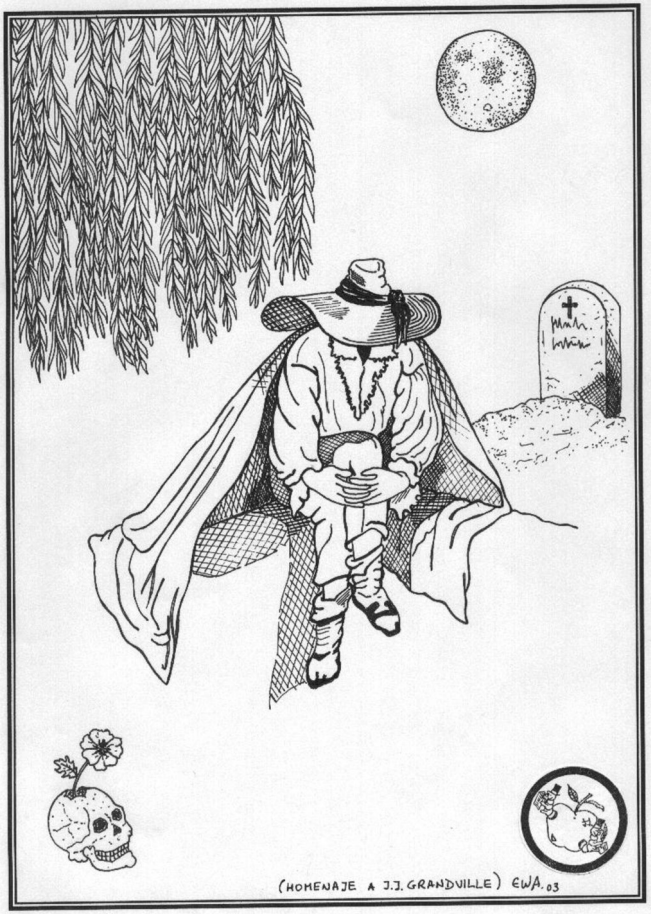
EL SUEÑO MELANCÓLICO



EL SUEÑO MELANCÓLICO

Redactores: JLM y JCJ. Nº14. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

La princesa está triste, qué tendrá la princesa…

No es difícil de saber. Está triste, sí. Y está presa de melancolía. Lo difícil es saber el porqué de esa melancolía. Siempre indefinida. Es difícil explicar las causas de nuestra tristeza, aunque siempre nos esforzamos en buscarle explicación. Si caemos en la melancolía debe haber una causa, un porqué. Nadie se entristece porque sí. Nadie suspira porque sí, ni a nadie se le ensombrece el ánimo sin razón aparente. Aunque sepamos positivamente que un desarreglo hormonal o nervioso pueden ser motivos suficientes para la tristeza, siempre suponemos que debe haber algo más, aunque sea un simple factor desencadenante. Nadie se deprime sin más, nadie llora sin razón. Y, si alguien lo hace, decidimos que está enfermo. Olvidamos, quizá, que existe desde siempre un carácter melancólico, un carácter introspectivo, ensimismado, capaz de pasar de la alegría a la más absoluta tristeza sin razón aparente. Y no es raro ni enfermizo. Sólo un tanto peculiar. Porque, a fin de cuentas, ¿no hemos estado todos tristes en algún momento, sin saber muy bien el porqué, y nos hemos regodeado en esa tristeza, como una especie de amodorramiento paralizante, cómodo, tranquilo, por el cual uno se deja invadir? Ocurre, por ejemplo, al pensar en el pasado. Nos ponemos nostálgicos y nos gusta repasar ese tiempo brillante en la memoria, lleno de acontecimientos que la distancia ha hecho más hermosos, aunque el recuerdo en sí mismo sea triste, por la sensación de pérdida. No en vano la nostalgia es una forma de melancolía.

Y es precisamente a ese tipo de melancolía a la que se refiere el título. A esa tristeza adormecida y soñadora que, en cierto modo, nos puede resultar apetecible de cuando en cuando. Una tristeza que no nos parece mala del todo y que, sin embargo, puede arrastrarnos al pozo más profundo del que, a lo peor, no podamos ni queramos salir. Ese es el sueño melancólico: una tristeza que, aunque

no se persiga y venga sin sentir, nos envuelve de tal modo que nos absorbe y hasta nos agrada, sin que queramos deshacernos de ella. No, al menos, inmediatamente. Perezosamente satisfechos en esa tristeza suave e indeterminada que nos parece anuncio de mayores dichas, aunque nuestra esperanza quede situada en un tiempo imposible, sea en el pasado, el presente o el futuro.

Estas páginas no pretenden entristecerte, ni menos aún adormecerte. Aunque tal vez logren las dos cosas. Pretenden mostrar varias caras de esa melancolía. Unas amables, otras desagradables. Siempre nebulosas. Como ese sueño melancólico o esa expresión soñadora del que se deja llevar por la imaginación.

MELANCOLÍA

Parecía como si todas las puertas del presente y del porvenir se le hubieran cerrado para siempre. Su cotidiano existir estaba anclado en el ayer. Un ayer permanentemente inmerso en su memoria. Un ayer imposible de extirpar e inmune a todo olvido. Ella se había ido y jamás volvería. Ella se había ido, pero con su marcha, ineludiblemente le acompañaría toda la vida. Ella era un cúmulo infinito de recuerdos que, cada amanecer de cada día, anegaban su ser.

Cuando insomne, sobre el cálido lecho solitario, no podía percibir su singular aroma, el acompasado latido de su seno y su vital aliento, sólo entonces era consciente de su ausencia. Cuando insomne, bajo el leve refugio de las sábanas, trataba de buscar la frágil liviandad de su cuerpo y ansiaba acariciar su tersa piel desnuda, sólo entonces se percataba de la inutilidad de sus deseos libidinosos y sólo entonces despertaba.

Si cerraba los ojos podía soñar despierto. Un poseso poder invadía su mente y en ella se enseñoreaba. Sin querer, vívidas imágenes se sucedían sin solución de continuidad. Sus rasgos, sus muecas, su melosa color enmarcada de endrinos cabellos y la límpida mirada de sus ojos oscuros surgían fantasmagóricos, tan nítidos como cuando ella estaba a su lado.

Mientras permanecía en aquella habitación que de ambos fuera alcoba, cuidaba, con abnegado mimo y delicadeza exquisita,

cada uno de sus objetos personales y que a diario usara. Sus preferidos aderezos de belleza, sus joyas y abalorios, su lencería íntima y fina, sus ropas y vestidos simbolizaban sus reliquias más preciadas. Dignas de veneración, en su contemplación a menudo se extasiaba. Era cuanto tangible y material le quedaba, cuanto poseía en realidad de su adorada y desaparecida amada.

Mientras permanecía en la que de ambos fuera su morada, añoraba el ruido de los pasos de aquellos pies menudos, el timbre de su voz clara y segura, los sensuales besos de aquella boca con su lengua sabia y el suave tacto de aquellas manos en las suyas. Una tristeza melancólica se apoderaba de él y evocaba cuantos momentos de fugaz felicidad pasada habían compartido. En ellos se complacía con morboso deleite y en aquel doloroso sentir hallaba un desmedido y malsano consuelo.

Martin's

TIBIEZA

¿Por qué has de ser tan extremo?
Me decías.
Y yo no ignoraba que el tiempo
traería la tibieza al corazón.
Y ahora que ya no soy extremo,
que no muero en el sentir,
ni sufro en el vivir,
añoro tanta pasión muerta por mesura.
Es tal la sensación de pérdida,
que entregaría gustoso la tranquilidad
del triste y hueco hoy
a cambio del dolor pasado
del que antes renegaba.

Juan Serrano

EL SUEÑO

La melancolía es cómoda. A veces hasta se vuelve agradable. Uno se deja invadir por la tristeza, permite que se introduzca en su alma, en su mente, en su memoria. Basta con escoger un momento del

pasado y quedarse a vivir en él. La nostalgia justificará nuestra tristeza. No es una elección voluntaria. Nuestra voluntad no tiene nada que ver. Importan los afectos, o los deseos. Tenemos la manía de situar la imposible felicidad en un momento irreal, quizá del pasado o quizá de la imaginación, y con esa época o situación feliz justificamos nuestra tristeza. Nos dormimos en ella. A veces soñamos con la felicidad imposible y nos regodeamos en la irracional tristeza.

Una vez envueltos en el sopor de la tristeza, nos sobreviene la modorra de la inactividad. Primero nos quejamos de la situación y buscamos explicación a la tristeza. Luego la asumimos. Y hasta la disfrutamos. Si la felicidad presente es imposible, no tenemos mejor sustituto que el sueño de felicidades inexistentes. Da igual que las coloquemos en el pasado o en el futuro. Y es especialmente importante el detalle de la imposibilidad. Si pudiéramos alcanzar la felicidad, deberíamos luchar contra la tristeza, contra la modorra paralizante de la melancolía. Es preferible suspirar por nuestro sueño sin tenernos que mover. Es más, si algo había de real en el origen de la melancolía, si existió un factor que provocó nuestra actual tristeza, el sueño se encargará de deformarlo hasta el infinito, adornándolo con todo tipo de detalles, a cual más increíble, que luego creeremos a pie juntillas. Podremos dar vueltas y más vueltas en eternos bucles alrededor de nuestra tristeza, convirtiéndola en centro de nuestra vida. Y nos quejaremos de nuestra triste existencia pero, si alguien intenta sacarnos de la postración o se empeña en demostrarnos la falsedad de nuestros sentimientos, nos rebelaremos. Diremos que es cruel, mentiroso o estúpido. Pero nunca reconoceremos que nos hemos dejado llevar por ese sueño melancólico de complacencia que nos permite encontrar un culpable para nuestra infelicidad.

En vez de asumir que la felicidad es un imposible, preferimos inventar una falsa felicidad inalcanzable, o que nos ha sido robada, para así no tener que reconocer que nos asusta no poder encontrar verdadera satisfacción. La infelicidad está en nosotros, pero nuestra modorra melancólica busca culpables en el exterior que nos permitan disfrutar, de un modo entre masoquista y complaciente, de la brumosa tristeza que nos envuelve.

¿Qué no te lo crees? ¿Qué les ha ocurrido, si no, a todos esos nacionalistas vascos que tan bien conoce y describe Juaristi en libros no menos melancólicos que estos párrafos? Ellos han inventado su idílico pasado y ahora viven en él. No son felices, pero pueden ignorar el presente y hasta el futuro, agazapados en sus bonitos sueños mitológicos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

NARANJAS Y LIMONES

Él era ciego. O, al menos, lo parecía. No se sabía si la luz del trópico fue la causa última o fueron otros psico-trópicos los que desdibujaron su mirada.

Años atrás se le había visto paseando por las favelas de Sao Paulo peregrinando sin vieiras en busca del calor humano que desprende la miseria. Pero derrotado por la tristeza que produce el agrio sabor amarillo de la injusticia decidió retirarse a lugares más vanos o huecos o vacíos.

Apareció en ese islote premítico de Fernando de Noronha, ajeno a la alegría de la nada, abierto a la esperanza de lo ajeno. Y se durmió y soñó. Y despertó en el sueño sin soñar despierto.

El pez que lo acosaba era plano, blanco y negro, DICOTÓMICO, sin brillo. Estaba en la espesura, ladeado, inerte y armado en el centro de una lagoa inverosímil. Tenía la boca absolutamente dislocada y extendida hacia el océano. Él lo miró de reojo y luego más atentamente y pensó solamente en su tono mate. Se le ocurrió que la falta cromática era una ignominia y decidió atravesarlo con su primitiva lanza para que recibiese su merecido castigo cuando uva voz estruendosa y barbada surgió de la maleza vecina y recalentada. No bien hubo retornado la vista cuando el pez le atravesó el calcaño de una sola dentellada salvaje y lenta y la voz disminuida aligeró su pena mascullando: PARAÍSO, esto es para isso.

Navegó más allá do Belem de Pará. La ciudad que lo acogió era grisácea. Tanto o más que su viejo Porto natal, del que huyó de entre el humo de la grelha y de los disparos salazaristas prejuegos florales. Caminó por sus amplias avenidas durante segundos milenarios y lo único que encontró fue un nombre para su nueva ciudad y la

bautizó con la única keremonia posible: la del agua incolora. Desde entonces fue conocida como Caixao da Mata Grande.

Más lejos del viento, más cerca del aire... Pasaron mil lunas, mil serpientes de lunas y en Caixao no se movió nada (ni nadie). Él siguió viviendo como un ojo disipado entre la bruma. Y no esperaba, no lucía, no llegaba.

Aquel momento estalló cual burbuja alucinógena. El Sumol de la infancia le invadió la cabveza. Le llenó el alma incendiada de escarcha.

Oyó voces de ultratumba. Caipirinha endulzada.

"Se vose quiser, se faz o favor, gostaria moito de conhocer a hora de saida do convoio p'ra..."

"Je voudrais sávoir, s'il vous plait, quand partira le train direction... "

"LAST TRAIN TO PARADISE... if you want to travel with us you must take your free ticket everywhere & day"

"El expreso rectángulotrapezoidal acristalado efectuará su partida por el andén Desorden vía Anarquía dentro de 34 años, 52 meses y 600 días sin menos tres segundos..."

Oyó voces exteriores. CachaÇa derretida embadurnada de retinas.

Y empezó a marchar despacio, y luego deprisa a grandes pasos cortos corriendo sin prisa. El barrullo, en la estación era impresionante. El viejo letrero diseñado en noche oscura del apeader inanimado de Caixao había sido suprimido, sustituido y sublevado por uno en gigantes letras rojas que marcaba inmarcesible: Benvindo até Boamorte de EsperanÇa. La luz rojiza le entró de tal manera por los ojos marchitos, ajados, derridos... y supo repentinamente reconocer el color de la alegría.

Subió al tren entre el murmullo babélico-bobilónico y se dispuso a partir hacia la libertad vitaminada y y bien recupero anaranjada.

Mirandinha

EL RELOJERO

El relojero era tan anciano que ya nadie preguntaba su historia. A ningún joven se le podía pasar siquiera por la cabeza que el relojero no siempre hubiera trabajado en su taller. Para las nuevas generaciones los viejos siempre han sido viejos y han ejercido su oficio desde tiempo inmemorial. Como si, contrariamente a la realidad, el paso continuado del tiempo otorgara una suerte de inmortalidad, de intemporalidad, al que ha padecido sus efectos.

El relojero no pertenecía a una familia de relojeros. Ni aprendió su oficio en un taller al que entrara de aprendiz siendo un muchacho. El relojero era estudiante. Terminó el bachiller y la afición a las letras lo llevó hasta la universidad, allá lejos en la ciudad, para aprender Filosofía y Literatura.

No terminó los estudios, aunque aquello no llegaron a saberlo sus vecinos. Sólo comprendieron que algo había sucedido y que aquel joven vivaracho regresaba entristecido, extrañamente envejecido –por lo apaciguado y comedido- en su carácter. El estudiante regresó al cabo de un par de años y no volvió a salir del pueblo. Se encerró en la casa de sus padres y nadie supo de él hasta que un día, vaya usted a saber por qué, abrió en la propia casa un taller de relojería. Por qué se había dedicado a aquella afición mecánica, nadie lo sabía. Ni aun sus padres pudieron dar noticia de ello. No era raro, pues también callaron las causas de su precipitado retorno de la ciudad, si es que llegaron a saberlo.

Al principio, el joven relojero no tuvo clientes. Muchos desconfiaban de las manos de un aprendiz de literato metido a mecánico. Un autodidacta, por más señas, pues, según se suponía, no había aprendido aquel arte en la ciudad sino durante los largos meses de su voluntario encierro en casa de sus padres.

Cuando el joven paseaba por las calles, se mostraba amable y respetuoso con todos pero, al decir de la mayoría, aquel muchacho cargaba con algún terrible misterio de sus tiempos en la ciudad. No se equivocaban, es bien cierto, pero nadie alcanzó jamás a saber las razones de aquel regreso precipitado y aquel cambio de ánimo tan notable. Ni las del posterior encierro y la obsesión por las

maquinarias de reloj que aprendió a destripar, montar, limpiar y reparar.

Quizá porque no había más relojeros en el pueblo, como no había demasiada gente, uno de los lugareños terminó por llevar su reloj a aquel nuevo artesano. No confiaba demasiado en sus manos, pero pensó que si alguien dice ser relojero será porque se siente capaz de entenderlos y repararlos.

No se equivocó aquel primer cliente. El relojero lo arregló de forma casi inmediata. Su triste rostro se tornó casi alegre por un momento, su expresión contenida se volvió emocionaba conforme desarmaba las piezas de aquel viejo aparato. Trabajó con una concentración desconocida y, en apenas media hora, devolvió al lugareño su máquina en perfecto funcionamiento. El primer cliente no tuvo que pagar la reparación pues el relojero, todavía sonriente, le dijo que por ser su primer trabajo le regalaba aquella labor.

Tras aquel primer encargo, le llegaron muchos más. Y la situación mejoró con el paso de los años, a medida que el pueblo crecía y el relojero se hacía un nombre en toda la comarca. Ya nadie preguntaba por su tristeza, ni comentaba su vida aislada o su carácter huraño. Era el relojero, un artesano respetado y eficaz. Era el hombre que sonreía al ver un reloj. El tipo capaz de ensimismarse en su trabajo como si aquello fuera lo más importante de su existencia, capaz de amar a los relojes como si fueran personas y hasta de derramar lágrimas cuando no podía reparar una maquinaria.

Por conjeturas, por algún comentario de un conocido en la ciudad, por alguna frase suelta captada de improviso, alguno de sus contemporáneos y vecinos intuyó que en la ciudad el relojero, antiguo estudiante, había padecido algún fracaso amoroso. Uno de esos desengaños que tan vivamente impresionan las almas juveniles y que, pasados los años, no son olvidados ni superados. La pena seguía presente en el espíritu del relojero. Esto era lo único cierto. Las conjeturas nunca pudieron ser comprobadas.

Fuera o no cierta la historia del desengaño, lo que no podía negarse era la tristeza de aquel hombre. Como también era digna de admiración la dedicación en su trabajo. El esmero y amor que ponía al arreglar cada máquina causaban maravilla y justificaban los repetidos

elogios por su trabajo. Y, si no verdadera admiración, sí que logró el relojero el respeto de sus vecinos y de muchos forasteros, que le llevaban sus relojes en la esperanza de que, fuera cual fuese su estado, sólo aquel hombre podría salvarlos, si es que todavía tenían arreglo. Así, el relojero se ganó la vida año tras año. Mientras vivieron sus padres, cuando lo abandonaron sus hermanos y familiares. Cuando se fue haciendo viejo sin formar una familia ni superar la tristeza con la que volvió de la ciudad. Era como si el tiempo no pasase para él. Por eso no era raro que, años después, ya nadie recordase su historia y todos consideraran lógico pensar que aquel hombre había sido relojero desde tiempo inmemorial. Tanto que ya no era ninguna otra cosa para nadie más que el relojero del pueblo; el mejor relojero de la comarca.

Fuera o no cierta la vieja historia del amorío y la tristeza, que nunca se pudo comprobar, puesto que de su boca jamás brotó una palabra confirmándola o negándola, igual que no brotó una queja, por más que su sempiterno aspecto ensombrecido hiciera pensar que la queja existía de forma dolorosa en el centro de su alma, sus vecinos y contemporáneos sí habían estado en lo cierto en que algo sucedió durante su estancia en la ciudad y que aquel acontecimiento fue la causa de cómo transcurrió el resto de su vida. El joven estudiante que regresó de la ciudad era otra persona. Alguien capaz de encerrarse durante meses para pensar mientras se dedicaba a destripar relojes viejos y aprender sus más íntimos secretos en nada se parecía al joven risueño que se marchó de allí.

Tampoco se equivocaban al pensar que el trabajo dulcificaba su dolor. Cuando el relojero manipulaba las ruedecillas y muelles podía olvidarse de sus recuerdos y dedicar toda su atención a la reparación de las piezas. Pero aquello no era un simple entretenimiento. Para el relojero nada había más importante que recuperar el tiempo para aquellos objetos inertes. Resucitar aquellas maquinarias detenidas era para él asunto de suma importancia, algo que le causaba felicidad y tranquilidad. Lo que no sabía la gente era la causa de aquella sencilla alegría. Tampoco era aquel un enigma que despertase la curiosidad. Nadie llegó nunca a saber la causa de esa manía por los relojes. Ni a explicársela por más que, contrariamente al asunto de la ciudad que

cambió su vida, sí que fue pronunciada por sus labios. Aunque lo hizo una sola vez y en tono casual, por lo que no es raro que el muchacho que le hizo la pregunta al recoger su reloj no se enterase del sentido oculto de aquella frase tan sencilla que obtuvo por respuesta.

El muchacho, feliz de ver en marcha y en hora aquel su primer reloj de pulsera al que tanto cariño tenía, le hizo una inocente pregunta al artesano:

-¿Cómo es que le gusta tanto arreglar relojes?

El artesano meditó un instante. En sus pequeños ojos brilló una luz y su mirada se hizo vaga y soñadora, antes de contestar con una media sonrisa:

-Cuando a uno se le detiene el tiempo, siempre es una alegría podérselo arreglar a los demás.

El chico se encogió de hombros y no dijo más. Se marchó y comentó a alguno de sus amigos la locura del relojero y su frase sin sentido aparente.

Pero la frase, aunque no fuera comprendida, sí que tenía un doloroso sentido para el relojero.

Tal vez era cierta la historia del juvenil desengaño amoroso. Tal vez era otra la causa de la tristeza. Pero lo cierto, lo innegable, era que algún suceso de aquel pasado semiolvidado había roto el corazón del relojero. El que fuera estudiante vio como su mundo se venía abajo y quedó atrapado en aquel instante doloroso, como si el tiempo se hubiera detenido y no pudiera ponerlo de nuevo en marcha. Quizá su existencia había dado un vuelco brusco, inesperado y que no deseaba, pero él sintió como si su vida hubiera concluido en ese momento y el resto de su existencia fuera tan sólo la prolongación de aquel instante por toda la eternidad. El joven, con su corazón detenido en el tiempo, había regresado al pueblo, quizá con la esperanza de lograr un olvido imposible que no llegó. Y, sabiendo que su tiempo se había detenido, tuvo la ocurrencia de empezar a jugar con los relojes. De entenderlos. De arreglarlos. Quizá pensaba que, si aprendía a poner en marcha el mecanismo de aquellos artefactos, tarde o temprano también sería capaz de poner su propio tiempo, su propio corazón en marcha, para abandonar el pasado y su tristeza.

Por eso se concentraba tanto en su trabajo. Por eso sonreía al arreglar un reloj, siendo aquella la única ocasión en que se permitía sonreír. Quizá, año tras año, poco consciente del paso del tiempo envejeciéndole y arrastrando todos los recuerdos salvo aquel, proseguía con su tarea inexorable, como una obligación o una fe, con la esperanza de que, tarde o temprano, alguna de aquellas reparaciones trajera, con el tic tac del reloj, la puesta en marcha de su propio tiempo, el inicio de su vida detenida en el pasado remoto que todavía era el más concreto y real de los presentes para él.

No debió de conseguir aquel objetivo. Hubo de conformarse con recuperar el transcurrir del tiempo ajeno, puesto que, ya muy anciano, murió trabajando sobre su mesa de relojero intentando, por última vez, que se produjera el milagro o, cuando menos, llegara el sencillo consuelo de recuperar un tic tac de un reloj que no era el suyo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

MELANCÓLICA

A veces yo me siento miserable.
No sé de dónde viene la tristeza.
Le busco las razones al asunto
pero no las encuentro en mi cabeza
y hallarlas no me parece probable.
Entonces, cuando tengo encima el mundo,
el tiempo para mí detiene el paso,
me invade la más fiel melancolía
por más que yo no quiera hacerla caso
y en su modorra cruel al fin me hundo.
Si entiendo qué provoca mi alegría,
¿por qué no sé explicar esta pereza?
Suspiro sin razón, me siento extraño.
Me angustio si me invade la certeza
de que salir del mal no es cosa mía.
Repaso varios recuerdos de antaño,
evoco las tristezas del pasado,
y nada explica el malestar presente.

La pena se ha quedado hoy a mi lado
y en sus aguas oscuras yo me baño.
¿Por qué no he de encontrar un recio puente
que me traiga la calma deseable?
¡Melancolía es hoy mi compañía!
¿Por qué en vez de sentirme miserable
no me podré reír como otra gente?

Antón Martín Pirulero

CAMPANAS

Se suele decir que las campanas viejas suenan mejor que las nuevas. Que el paso de los años da un timbre peculiar al metal, que el bronce mejora con los años su respuesta al golpe del badajo.

Es creencia antigua aunque, realmente, cuando se formó no existían métodos fiables de grabación (suponiendo que los de hoy lo sean) para comparar esos sonidos. Tan sólo existía la memoria de los oyentes. Y su subjetividad.

Hoy sí puede hacerse esa comparación. Se ha hecho aunque, en realidad, tampoco era muy necesaria. Y tampoco servirán de mucho sus conclusiones.

Las campanas, en verdad, no suenan mejor con el paso de los años. Quizá alguna lo haga, pero no hay razón para que así sea, no por norma. Es una bonita idea. Al menos el paso del tiempo no es cruel con todo. La música de un instrumento musical viejo merece sonar más hermosa que la de los nuevos, sobre todo si se tocan piezas antiguas. Esto es nostalgia. Pero si suena nuestra vieja campana con su sonido habitual y el sonido es más hermoso, más grave, más rico en matices y armonías, tendríamos una visión positiva del envejecimiento del metal. Una suerte de antinostalgia.

Lo malo es que la campana, salvo que se agriete o se oxide, va a sonar igual que antes lo hacía. Y si su sonido cambia no tiene por qué hacerlo a mejor. Sonará distinta. Quizá levemente. Quizá peor, merced a una fractura o una rugosidad. Alguna rara vez mejorará realmente su sonido.

Entonces, ¿de dónde sacamos la idea de que suena mejor? Obviamente las tradiciones son muy difíciles de revocar. Y esta no es

la excepción. Pero si hay engaño no es voluntario. Quien dice que la campana suena mejor con los años nos habla desde su propia experiencia. Aquel viejo que vuelve a oír la campana de su pueblo escucha esos armónicos enriquecedores. Mientras el pueblo entero y sus gentes, él incluido, han sido deteriorados por el tiempo, la campana ha ganado en sonoridad. Nadie podrá convencerle de lo contrario.

¡Lástima que no esté el cambio en la campana!

Por desgracia, la diferencia de sonoridad no surge de la realidad, sino de la subjetividad del oyente. No es la campana la que ha modificado su sonido, es nuestro oído envejecido por el paso de los años el que ha perdido sensibilidad. Al cabo de los años –los nuestros, no los de la campana- hemos perdido audición. Los viejos, poco a poco, se hacen sordos. Poco o mucho, según cada cual. Y esa pérdida de audición se nota sobre todo en los sonidos más agudos y en los más bajos. Los más extremos. Si tenemos en cuenta que los agudos suelen ser los más desagradables, chillones y molestos, nuestra pérdida de audición los tiende a eliminar y ahora el sonido de la vieja campana se enriquece en sonidos graves, suaves y agradables. Concluimos que la campana suena mejor. Que su sonido es más hermoso. Y nadie nos convencerá de lo contrario. Ni yo os convenceré en esta nota. Por más que sea nuestro propio deterioro el que embellezca la sensación.

Las campanas viejas siempre sonarán más hermosas que las nuevas para los oídos viejos que recuerdan los sonidos de antes.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UN HOMBRE NUEVO

Con la mirada fija, absorta, seguía con curiosidad la tarea de una cuadrilla municipal que arreglaba un pequeño socavón. Estos probos funcionarios o peones temporales, no lo sé, no daban la típica imagen de estar poseídos por la galbana, de ser "más vagos que la chaqueta de un peón caminero" (expresión ésta de su difunto abuelo) sino que estaban galvanizados en su tarea. Terminada la labor en un tiempo récord para lo que se estila en estos casos vuelve Raúl en sí, como un bumerán y sigue rumiando la idea, esa idea obsesiva que le corroe la tranquilidad y comienza a repercutirle en su salud. En

realidad no sabría concretar su problema. Sabe que en términos genéricos se denomina melancolía, depresión, postración, languidez, pesar, tristeza, morriña, pesadumbre y muchos más sinónimos que él no conoce.

Se siente fuerte, piensa que es pasajero, que se le pasará como vino (con o sin ayuda de medicinas), que no tardará en ser como antes, que no tendrá que tomar decisiones drásticas, que...

Como por ensalmo el sol aparece entre las nubes, hasta entonces dueñas de la climatología. Este acto, que se repite incontables veces todos los días y en todas las partes, le rememora el recuerdo de una postal que ya consideraba ñoña y que decía: "Por encima de las nubes el cielo sigue siendo azul". Ahora ve las cosas con otra perspectiva. Como si fuera contagioso o por simpatía a él se le despeja la mente.

Analiza esos momentos anteriores y concluye que quiso volar, quizá demasiado alto y pronto. Piensa que su destete familiar fue prematuro, que debió esperar pero como diría su entrañable abuelo "a lo hecho, pecho".

Así que con una autocatarsis efectiva vuelve a la situación de ánimo anterior a "su problema". Es un hombre nuevo. Valora lo poco que tiene pero que es suyo. Se regala un pequeño capricho: una caricatura que le hace un dibujante callejero. No se parece mucho pero no importa, es lo que busca. Tampoco él se reconoce como era hasta hacía unas horas. Definitivamente era un ser diferente, nuevo. Se encontraba disfrutando ya del azul que estaba por encima de las nubes, del planeta azul del género humano en el que volvía a confiar pero no a ciegas sino "con reparos". Estos eran una pequeña secuela de su anterior estado. Después de un combate es raro no sufrir algunos rasguños. Este era su tributo, su cicatriz en el espíritu. Esta vez ha ganado por K.O.

P.A.M. 213

UN MUNDO QUE NUNCA FUE PERFECTO

El reloj acababa de sonar con su odioso timbre para recordarle que comenzaba un nuevo día de trabajo. Las sábanas, como de costumbre, se le han pegado. Literalmente. Cuando Ovidio oía

decir que aquella era una frase hecha, solía reírse. Como casi todas las frases hechas, aquella tenía un fundamento real. Las sábanas, húmedas y pegajosas de los humos nocturnos que se filtraban por las rendijas de la ventana, se adherían a los pelillos de sus piernas y brazos descubiertos, haciendo aún más desagradable el momento de salir de la cama.

Ovidio, sofocado, busca el alivio de una ducha rápida pero, cuando abre el grifo y el agua empieza a brotar de la ducha, sabe que aquel va a ser uno de los días en que no podrá asearse. Un olor entre sulfuroso y fétido brota de la alcachofa, indicando que, nuevamente, el sistema de depuración de aguas se ha estropeado.

De nada servía irritarse. Las cosas son así y poco puede hacerse por cambiarlas. De modo que Ovidio se viste y, tras levantar la cama, sale de la habitación. Por un momento siente la tentación de abrir la ventana, para airear el cuarto y comprobar cómo se pinta aquel día que tan mal ha comenzado. Pero se lo piensa mejor y prefiere dejarlo todo cerrado, no vaya a entrar el humo de la calle. Sólo le faltaba que la ropa de cama se impregnase del tufo y el tacto del hollín. Si quería dormir por la noche, más le valía dejarlo todo tal cual. Así que enciende el aire acondicionado y deja que el aire viciado de toda la casa se reparta por igual, que es lo más semejante a la ventilación a lo que, en tales condiciones, se puede aspirar.

Ovidio sí alza la persiana. Con un terrible chirrido, sus láminas metálicas oxidadas se alzan para dar paso a la semipenumbra de la calle. Era de día, de eso no cabía ninguna duda según el calendario y el reloj. Pero, como era habitual por estas fechas, la nube negra de la contaminación estaba posada sobre la ciudad. Menos mal que no ha abierto la ventana. Antes de salir debería enterarse de si el aire era respirable o completamente tóxico. No le gustaba salir con la mascarilla puesta, pero uno debe protegerse, si es que su salud le importa en lo más mínimo.

Sin bajar de nuevo la persiana, que ya estaba demasiado oxidada y corroída como para tenerla todo el día para arriba y para abajo, Ovidio deja la habitación y se va al salón. Allí repite el gesto de conectar el aire y levantar la persiana. Luego enciende el holovisor. Quiere ver la información meteorológica. De momento, sólo hablan de

la última catástrofe ecológica tropical, así que nuestro hombre se va a la cocina a prepararse el reparador desayuno.

Como el consumo de leche de vaca había sido prohibido, temporalmente, hacía una semana -porque su grasa contenía un exceso de insecticidas que también el hombre podía acumular-, e igualmente los huevos estaban vedados –debido a la última infección de *Salmonella* antibióticorresistente-, a Ovidio no le queda otro remedio que cambiar su menú. Se toma un tazón de jugo de soja vitaminado bien repleto de cereales –no naturales, sino reconstruidos a partir de sintetizados bacterianos- y se permite el lujo de tomarse una barrita energética con sucedáneo de miel. Luego, ya calmados su apetito y su desazón por la falta de agua, Ovidio se pone el traje para ir al trabajo. Se entretiene el tiempo suficiente para enterarse de la toxicidad del aire, mientras piensa que, tarde o temprano, debería comprarse uno de los caros analizadores digitales, que siempre eran más fiables que las vagas noticias del informativo. Toma su pequeño maletín de plástico, que tanto se parece a la piel verdadera, coge su muleta de aluminio, se pone la máscara antigás y sale a la calle dispuesto a tomar el autobús hacia el trabajo. Con un poco de suerte encontrará sitio en el primero que pase. Al menos él, que siempre llevaba trajes plegables, no se tenía que preocupar por las nuevas arrugas que pudieran formarse en su hiperarrugada ropa.

Hay una larga cola y el primer autobús, lleno a rebosar, pasa de largo. En el segundo, que viene diez minutos más tarde, entra mucha gente, pero él no cabe. Mientras llega el tercero se pone a llover. Seguro que se trata de lluvia ácida. Menos mal que se había puesto el abrigo sintético y llevaba la máscara. El ácido le irritaba la garganta. Por fin llega un tercer autobús. Va muy lleno, como los anteriores, pero Ovidio no puede dejarlo pasar. Había salido de casa con tiempo, pero si no toma ya mismo el transporte llegará tarde al trabajo.

La cola avanza un buen trecho, pero no hasta la posición de Ovidio. Cuando nuestro hombre ve que ya nadie más sube, adelanta a todos los que esperan y, a fuerza de empujones, como si fuera propiamente un acomodador de los del metro o el tren, consigue hacerse un mínimo hueco antes de que se cierre la puerta.

Nuevamente Ovidio se considera afortunado. Es delgado y sólo padece una leve cojera debida a la deformidad de su pierna izquierda. Alguien tan sano como él no debe tener problemas a la hora de retorcerse como una anguila entre la gente apretujada en el autobús.

Quizá da mala impresión llevar puesta la careta antigás, pero es que no ha podido quitársela antes de subir y, además, está demasiado cerca de la puerta. Los gases tóxicos podían alcanzarle. De hecho, no es el único que lleva la máscara. Aunque resulta incómoda. Tanta gente en el autobús, tantos apretones, provocan un calor terrible. Ovidio nota como densos goterones de sudor recorren su frente y se acumulan en su cuello y su barbilla. Es desagradable, igualmente, la sensación de las gotas que descienden por su espalda, húmedas y pegajosas. Al menos, merced a la máscara que lo tiene sofocado, se libra del inevitable tufo de las aglomeraciones. Ese confuso olor mezcla de sudor ajeno, alientos y colonias varias no le afecta a través de la careta. Por desgracia, tampoco le permite observar a sus vecinos ni mirar a través del cristal de la puerta contra el que está empotrado.

El autobús no hace ninguna parada para recoger gente. Allí no cabe una aguja. Sólo se detiene el mínimo tiempo imprescindible para dejar descender a algún pasajero cuando este, milagrosamente, logra alcanzar el timbre para solicitar la parada. Eso obliga a Ovidio a descender un par de veces y repetir su gesta contorsionista a la hora de volverse a subir. Como va hasta la última parada no le preocupa el no poder tocar el timbre.

Realmente, algunos días pensaba que llegaría antes caminando que en el autobús, porque el terrible atasco convertía un recorrido de cinco minutos en poco más de media hora. Otros días no le molestaba tanto la espera, pero es que hoy se le clava constantemente la barandilla de la puerta contra la espalda. Y hoy, precisamente, la idea de caminar a pie es aún más utópica que de costumbre, porque al tráfico terrible y el gentío se unen una contaminación algo peor de lo normal y aquella dichosa lluvia que todo lo oxidaba.

Finalmente, el autobús se detiene y, como un río que se desborda, toda la gente puede descender en tropel. Ovidio ha de bajarse el primero y, si no llega a ser por su inusitada agilidad, habría

sido arrollado por la gente. Cuando el gentío empieza a disolverse y dispone de espacio para mover los brazos, comprueba que no le han robado y que el estado de su ropa no es demasiado desastroso. Con la máscara es difícil hacer comprobaciones, pero no quiere arriesgarse a quitársela.

Hoy, al menos, la jornada de trabajo sería bastante relajada. Le habían renovado el contrato la víspera y el riesgo de despido quedaba aplazado hasta la semana siguiente. Luego no tendría que trabajar bajo demasiada presión.

Eso no le exime de alcanzar su cuota de productividad. El que le renovaran el contrato dependía del trabajo diario, no exclusivamente del último día. Aunque todos saben que es ese último día el más importante, en el que uno debe dar el callo porque los jefes piensan su renovación, lo que le hace sentirse nervioso y, en ocasiones, fallar más de lo habitual. Y Ovidio es afortunado, bien lo sabe él, pues los contratos que firma son extraordinariamente largos para lo que se estila: de semana en semana. Teniendo en cuenta que lleva ya once meses trabajando para la misma empresa como contable aquello debe considerarse, sin lugar a dudas, un récord de duración.

Ovidio no saluda a sus compañeros. No puede perder el tiempo en esos detalles estúpidos. Parece mentira pero, aunque ve a aquella gente todos los días, apenas conoce el nombre de un par de personas, bien por haber oído como los llamaba un jefe o porque, como en el caso de la señorita Carla, existían obvias razones, que saltaban a cualquier vista masculina, para informarse. Si no fuera por la enorme mancha de nacimiento en su rostro, la ligera atrofia de su antebrazo derecho y la lesión de espalda que la mantenía encorvada, habría sido una auténtica belleza y, aun así, estaba claro que su hermosura era muy superior a la de la media de mujeres.

Suena el timbre y Ovidio olvida cualquier pensamiento inútil. Ya se ha quitado careta y abrigo, conecta el ordenador y no hay otra cosa que hacer que empezar a trabajar. Ovidio comienza a preparar informes a partir de la base de datos y ya no puede pensar en otra cosa. Aquel trabajo requiere una concentración total. Bien lo saben sus pobres ojos, maltratados por la miopía galopante y un enrojecimiento crónico. El enrojecimiento no se debía sólo al

esfuerzo de la vista ante la pantalla. En él, como en el color e irritación de la nariz, tenía mucho que ver el aire acondicionado de la empresa. La población de bacterias resistentes a antibióticos y los numerosos virus allí acumulados eran la causa de una rinitis permanente y de accesos recurrentes de neumonía. Ahora sólo tenía el catarro, así que no era cuestión de quejarse. La neumonía sí que era cosa seria. A veces casi no le dejaba trabajar. Y hasta en este aspecto era Ovidio afortunado. A él le bastaba con sonarse la nariz de vez en cuando. Peor lo tenían algunos compañeros cuyos pulmones estaban estropeados por el alquitrán. Esos se pasaban el día roncos y escupiendo salivajos negruzcos. Había que reconocer que tenían habilidad a la hora de acertar en la escupidera al lado de sus mesas. Pero era digno de lástima ver a compañeros más jóvenes que él con tan desagradable problema. En los fumadores era lógico. Pero a los que, como él, no fumaban, todo les pasaba por la falta de previsión. Esos valientes o comodones a los que estorba la mascarilla o abren las ventanas de su casa sin ton ni son se ganaban a pulso la enfermedad.

Ovidio se da cuenta de que está distrayéndose. Va más despacio que de costumbre. Tendrá que acelerar si no quiere quedarse más tiempo que el previsto. Y pensar que algunos decían que en el pasado se pagaba por las horas trabajadas de más. Eso era ineficacia. Ovidio siempre ha pensado que existen demasiadas leyendas ridículas acerca de un pasado espléndido que nunca existió. Satisfecho por su apreciación, se concentra plenamente en su ordenador y deja de divagar.

Tres horas después suena el timbre. Es hora de comer. Así que Ovidio toma el tubo alimentador de la mesa, se lo introduce en la boca y, sin dejar de trabajar, ingiere rápidamente el preparado predigerido que le dará energías rápidas para terminar la jornada sin disminuir su rendimiento.

Ovidio piensa por un instante en lo realmente maravillosa que es esta época de continuos avances. Tecnológicos y sociales. ¡Y pensar que hay aún millones de imbéciles nostálgicos que claman por la vuelta de tiempos pasados, bárbaros y oscuros, en los que aquellos locos se empeñan en situar su particular paraíso! Sólo a los tontos se les

ocurre pensar en el pasado en vez de afrontar llenos de esperanza el brillante futuro.

Ovidio aparta los imprecisos pensamientos que surgen sin ton ni son en su cabeza. Esta empezando a dolerle. Supone que debe de ser por llevar tantas horas ante el ordenador. Quizá es el cansancio el que le hace divagar. Pero no debe distraerse. El día estaba resultando hasta ahora especialmente productivo y no conviene estropearlo al final de la jornada. Unos días más tarde, cuando llegue el momento de renovar el contrato, el trabajo bien hecho de hoy pesará a su favor si no lo fastidia en el último momento.

Al cabo del rato suena el timbre de salida. A Ovidio el tiempo se le ha pasado sin pensar. Estar ocupado es lo mejor contra el aburrimiento. Por monótono que sea el trabajo, aquella intensidad lo vuelve absorbente y hasta interesante. Prueba de ello es que todavía tiene la espita alimentadora en la boca, aunque terminó de comer horas atrás.

Ovidio recoge su mesa, recoge sus cosas y se dispone a marcharse. Tras dedicar un breve instante de atención a la señorita Carla. La encuentra hoy especialmente bonita. Y parece cansada. Como él lo está. Sus propios ojos deben de estar rojos, igual que su moqueante nariz. Ovidio, no obstante, hace el firme propósito de invitar uno de estos días a su guapa compañera. A una simple copa después del trabajo, a un instante de charla. No aspira, de momento, a más. Hay que ir muy despacio con estos asuntos. Bueno, o no tan despacio. Ovidio se da cuenta de que, cualquier semana, uno de los dos va a ser despedido y entonces se acabarán las oportunidades de intimar. Debería invitarla pronto. Pero no este día, que está demasiado cansado. Mientras Carla recoge sus cosas con aspecto agotado, Ovidio pasa a su lado y le dedica, a modo de saludo, una sonrisa que, inesperadamente, obtiene como respuesta una leve inclinación de cabeza por parte de su compañera. Aquello no va a animar a Ovidio a decidirse por llevar a la práctica su idea de la invitación, pero le convence, sin lugar a dudas, de que lo intentará bien pronto y de que este día ha sido maravilloso.

Ya fuera del edificio, Ovidio comprueba que no llueve. El cielo está gris sucio, e incluso hace bochorno. Puede que de un instante a

otro el hongo de contaminación descienda sobre la ciudad pero, entretanto, el atardecer es delicioso. Un hermoso sol rojizo se está ocultando tras los edificios de la ciudad. Ovidio se dirige a la parada del autobús. Se ha producido un accidente y toda la gente de la cola rodea a un joven tendido boca arriba al que atienden dos sanitarios. Alguien comenta en voz alta que no es un infarto sino sólo un fuerte ataque de asma. La gente es demasiado curiosa según el criterio de Ovidio. Algo que nuestro hombre agradece cuando llega el autobús y él, que ha llegado de los últimos, asciende de los primeros al vehículo. No tanto como para conseguir un asiento. Eso ya sería milagroso. Pero se logra situar cómodamente, lejos de la puerta, y no tiene que pensar en apretones ni en mascarillas. Tan cómodo está que se dedica a retomar los tontos pensamientos de la tarde y divaga acerca de las tonterías de Platón.

Ovidio se acuerda entonces de lecciones infantiles acerca de edades de oro, plata y hierro. La gente sigue, sin saberlo, a Platón cuando se pone nostálgica y recuerda las bondades de un tiempo pasado que nunca conoció. Parece que a la gente le molesta el progreso. O quizá les resulta difícil convivir con los problemas habituales de cualquier existencia. Es mejor inventarse un tiempo utópico en el que todo era perfecto. Y eso, según lo ve Ovidio, les ocurre a muchas personas en la actualidad. Siempre hay algún demagogo que les sigue el juego y obtiene votos de esos tontos que se definen como ecologistas, ambientalistas o solidarios. La gente reniega del presente e idealiza un pasado en el que, supuestamente, no había contaminación, ni enfermedades, ni taras físicas, ni trabajo duro, ni masificaciones. Vamos, que parece que uno abría la boca hacia arriba y le caía la comida del cielo. El maná ese que se dice. De un cielo que los inocentes imaginan azul. De un aire transparente y un sol que no quema la piel como el de hoy. ¡Menuda estupidez! La gente siempre ha tenido problemas. Cojos y mancos los ha habido en todas las épocas. Y asmáticos, e infartados, y estrés. ¿De qué sirve inventarse todas esas tonterías de un mundo verde y azul lleno de animalitos y plantas, de justicia e igualdad? Eso es alejarse de la realidad y obligarse a sufrir. Es mejor, se dice Ovidio, aceptar que el mundo no es perfecto. Pero, al menos, es mejor que en el pasado. El

progreso ha permitido que en este mundo vivan más personas que nunca y que todo el mundo tenga poco más o menos aquello que pueda desear. Bueno, no todo, realmente. A Ovidio le bastaría, quizá, con que hubiera más autobuses y no tener que respirar el aire viciado de las axilas ajenas. Nuestro hombre se ríe para sí. Ojalá todos los problemas fueran tan simples como ese.

El autobús lleno a rebosar se está acercando a su parada y Ovidio debe aproximarse a la salida. Pulsa el botón de parada y empieza a ejercer de contorsionista para llegar a la puerta. El autobús se detiene y, con un cierto esfuerzo, logra bajar. ¡Qué pena! Comienza a anochecer y del cielo caen goterones de agua sucia, cargados de hollín. Ovidio, por si acaso, se coloca la mascarilla y, apoyado en su muleta, se dirige a casa.

¡Hogar, dulce hogar! Es agradable volver a tu casa. Aunque sea pequeña y vieja. No todo el mundo tiene la fortuna de poseer un piso para él solo. Ovidio abre la puerta, entra y echa todos los cerrojos. Nunca se toman suficientes precauciones contra los ladrones, los secuestradores, los terroristas y los psicópatas. Enciende la luz y, tras un breve parpadeo que hace pensar que vaya a haber una bajada de tensión, como sucede tantas otras veces, la lámpara se enciende y se estabiliza. Ovidio baja las persianas oxidadas, se abre una lata de comida precocinada y se pone a ver las noticias. La comida no es muy apetitosa. No mira la composición aunque, seguramente, sea reconstruida a partir de levaduras. Las noticias son tan desagradables como siempre: muertos, hambre, guerra, paro, crímenes… Y alguna que otra tontería. Como la campaña de un grupo de ecologistas para reducir la contaminación marina.

"Hagamos que nuestros mares vuelvan a ser verdes", dice uno de ellos ante cámara mientras suena una hermosa melodía y detrás de él aparece una imagen virtual de un océano espumoso con un desagradable color verdoso.

¡Qué asco! Menudos nostálgicos estúpidos. Tanto ir de progre y salvamundos y no desean otra cosa que volver verde el mar. ¿A qué persona en su sano juicio se le ocurriría meter los pies en un mar que no fuera ocre como siempre? Desde luego que es ridículo eso de inventar un pasado ideal y luego querer imaginar sus detalles.

Todo el mundo sabe que el mundo nunca fue perfecto. Pero Ovidio tiene claro que nunca se ha vivido tan bien como hoy en día. Hay que pensar en el futuro y no en ese pasado de leyenda que algunos imbéciles inventan para no aceptar el presente.

Y Ovidio, mientras sigue viendo las noticias, degusta casi con placer las levaduras con sabor a ternera. En cuanto termine de cenar se irá a dormir. Con un poco de suerte, en esta noche de este día ideal, podrá descansar. Los tapones de goma en los oídos serán suficientes para que no le moleste el ruidoso paso de las aeronaves, siempre que el tráfico no sea demasiado denso.

Dicho y hecho. Ovidio está cansado pero satisfecho. Se siente afortunado de ser un hombre de su tiempo. Por un momento piensa en darse ahora la ducha que no pudo tomar por la mañana. Pero es inútil. Mañana amanecerá empapado y tendrá que ducharse de nuevo. Ahora está muy cansado, así que se desviste y se acuesta. Pronto se duerme, casi feliz, con una imagen agradable rondando por su mente: la cara ovalada de la señorita Carla lo observa medio ruborizada, aproximándose el color de toda su cara al de su interesante mancha de nacimiento.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LOS PIES DE LAS MODELOS

A veces me causan lástima las modelos. Ellas tan hermosas, tan "fashion", tan elegantes y admirables. Con terribles traumas y complejos que las atormentan cuando no se encuentran sobre las pasarelas.

Como ese tan terrible que hace que no puedan sentirse a gusto con sus pies. Y es que, aun admitiendo que puedan haber modelos que opinen lo contrario, causa cierta sorpresa comprobar que, ante la pregunta de cuál es la parte de su anatomía de la que se sienten menos satisfechas, casi todas responden lo mismo: los pies. Y yo, obviamente, me pregunto cuál es la razón de tal coincidencia.

Me temo que la razón es de mercadotecnia, lo cual, dentro de lo malo, me consuela acerca de sus posibles traumas, pero me hace pensar que las pobres niñitas carecen de personalidad o se la han

dejado devorar por sus representantes. Porque la respuesta es de diseño, como todas ellas, y no se corresponde con ninguna realidad.

Está claro que les debe de parecer muy feo contestar a una tal pregunta diciendo que están satisfechas y hasta orgullosas de toda su anatomía al completo. Eso debe de sonarles pedante y pretencioso. Aunque no sería raro, puesto que se presume que todas ellas están lo bastante bien formadas como para aparecer en las pasarelas. Y menos sorprendente aún si tenemos en cuenta que muchos de nosotros, incluido el que aquí escribe, nos sentimos bien felices con nuestras imperfectas anatomías que no pueden exhibirse alegremente por simples pudor y filantropía. Pero no, ellas no pueden presumir de estar estupendas en todo.

Puestos a buscar defectos, tampoco puede una ir diciendo los que sinceramente cree poseer. Parece que debe de estar mal visto indicar que a una no le gustan sus orejas, sus pechos, su barbilla, el ligero estrabismo en los ojos, una incómoda lorza junto a las ingles, las arrugas en los ojos al sonreír o la cara de mala leche que se le pone al doblar de determinada manera el labio superior. Tampoco sería nada tremendo reconocer esos defectos pero, igual que exagerar en la perfección parece presuntuoso, asumir defectos de todas las mortales debe de parecerles a los diseñadores y sus pupilas algo de mal gusto o peligrosamente vulgar. Así que, en lugar de hablar con sinceridad, las modelos contestan con una simpleza. Dicen que no les gustan sus pies. Como si la gente se fijara realmente en los pies o los pies tuvieran que ser hermosos en sí mismos en la anatomía de cualquier mortal al margen de cumplir religiosamente con su obligación de permitirnos caminar sin causar demasiadas molestias. Deben de pensar estas señoritas que con ello reconocen su imperfección sin comprometer su belleza.

¡Pobrecitas! Tal vez me equivoque en esta apreciación y haya modelos muy sesudas que emiten una opinión personal y meditada. Es cierto que no conozco a muchas modelos ni suelo escucharlas cuando salen, si es que lo hacen, en los medios de comunicación. Pero si las pocas veces que he oído a una modelo dar su respuesta a la indiscreta pregunta han salido los pies a relucir, sospecho que es una respuesta preparada, un recurso socorrido con el que salir al paso de la molesta

cuestión. Y, si es así, me temo que debo sentir lástima por estas pobres modelos. Porque son estúpidas o bien renuncian deliberadamente a su personalidad ante una pregunta tonta, lo cual las hace doblemente imbéciles. Y eso sí me causa lástima. Porque la belleza acompañada de inteligencia resulta fascinante. Ambas virtudes, si aparecen juntas, no sólo se complementan, sino que se refuerzan mutuamente. Así que confío en estar equivocado y que sí existan modelos capaces de avergonzarse de su nariz o de presumir de todas y cada una de las partes de sus rotundas anatomías.

Juan Serrano

TIEMPO PERDIDO

¡Qué triste es desear que pase el tiempo
para verte!
Ridículo si la esperanza no se cumple.
Si no me llamas ni me hablas.
Si he de pensar en un pasado vulgar
y he de adornarlo para recordarte.
¡Qué triste es dedicarte un minuto
o un simple pensamiento!
Patético si tú no piensas nunca en mí.
Si para ti no existo mientras tanto.
Si no soy nadie en tu mente ocupada
y he de llamarte para que me recuerdes.
¡Qué triste es sentirme entonces triste,
sin razón!
Injusto tan penoso intercambio de afectos.
Si he de entristecerme en tu ausencia.
Si reconozco lo imposible de tu compañía
y no logro apartarte de mi pensamiento.
¡Qué estúpido resulta entonces ver tras de mí
todo el tiempo inútilmente perdido!

Juan Luis Monedero Rodrigo

1984

¿Quién me iba a decir que, después de tantos años, me acordaría con nostalgia de la tele en blanco y negro y su dictadura de las dos cadenas?

También de la terrible novela de Orwell.

Y lo más triste del caso es que ambos recuerdos vienen juntos y por una buena razón.

No digo que me pareciera maravillosa la televisión de aquellos tiempos. Pero las cosas nos parecen mejores o peores según aquello con que se comparan. Es cierto que en esta apreciación nostálgica del pasado también pueden pesar los recuerdos de la infancia. Pero no es menos cierto que nuestra televisión actualísima y de audiencias récord es absolutamente vomitiva.

Yo fui uno de aquellos que se alegraron mucho de la llegada de las televisiones privadas que, supuestamente, iban a ofrecer una programación más variada e iban a elevar, por obra y gracia de la competencia, la calidad audiovisual de la emisión. También fui uno de los que renegaron de las teles de pago. Y todavía tengo en contra de ellas su elitismo y, hoy más que nunca, el hecho de que convierten la información en un objeto mercantil, dando pie a que sólo quien tenga dinero pueda acceder a determinados programas. Pero claro, las alternativas en nuestros días a una tele de pago mediocre son la piratería, el atocinamiento televisivo en abierto o directamente –y creo que esta es la mejor opción- dejar de adorar la caja tonta.

Con la excusa de las audiencias, la competencia y la necesidad de beneficios, los inteligentísimos gestores de las empresas televisivas han llenado nuestras pantallas de programación basura formada, a partes variables, de prensa rosa, deportes, concursos, noticias partidistas y desinformativas, telenovelas y teleseries enlatadas en las que el guión, como la originalidad, brilla por su ausencia. Y han llenado la tele también de todo tipo de experimentos televisivos de los que ahora llaman "reality shows", que van desde torturas televisadas a diálogos de besugos o exhibicionismos varios. Entre estos programas que cuestan, en general, cuatro perras y dan bastante dinerito, se incluyen los espacios de mayor éxito que, para remate, resurgen temporada tras temporada de sus cenizas y, aunque

uno siempre confía en que bajen las audiencias, las cadenas logran que se sitúen en cabeza de eso que llaman sus parrillas de las que, al modo de un San Lorenzo, somos nosotros sus mártires, en vez de salir quemados de ellas sus responsables.

Me refiero, cómo no, a esas dos maravillas de la cultura actual de este país que responden a los sonoros nombres de "Gran Hermano" y "Operación Triunfo". Los odio visceralmente y, lo que es peor, también intelectualmente, como asesinos de neuronas que son.

La gente suele ser bastante ceporra. Y hay que reconocer que estos programas que te permiten permanecer horas ante el televisor sin pensar tienen ciertas propiedades hipnóticas y hasta relajantes. No me extraña que la gente quede enganchada a ellos en vez de buscar otras distracciones constructivas. Pero a mí la idea general de ambos programas y de otros de la misma calaña me parece monstruosa.

Por eso el título de este artículo.

Cualquiera que haya leído el libro apocalíptico –y bastante realista, por lo que se ve- de George Orwell, encontrará bien pronto el paralelismo. Quizá el fallo principal del autor fue pensar que el estalinismo perduraría lo suficiente como para que se realizasen sus pesadillas. Por lo que se ve, al escribir no era muy consciente de la versatilidad del capitalismo para aportar aberraciones a nuestro mundo.

El título del primer programa ya es sintomático. El Gran Hermano es el supremo observador y vigilante de la novela de Orwell, una especie de ojo universal –al modo del ojo celeste de Philip K. Dick- dispuesto a controlar la vida de sus súbditos para que no se salgan de la norma. Y resulta que ese hermano vigilante y coercitivo queda, por arte de birli birloque, suplantado en la tele por el más vergonzante espectáculo de exhibición, falta de pudor y estupidez. La horrible idea de ser continuamente observado por siervos del poder –los medios de comunicación lo suelen ser; las teles actuales lo son de hecho- se convierte en divertido espectáculo. Pues, ¡qué viva el espectáculo! Pero, por cotillas que seamos, ¿de verdad son tan tristes nuestras vidas que nos resulta divertido y casi adictivo contemplar a una panda de gilipuertas mostrando sus miserias y vulgaridad en la

tele? Y luego, para remate, algún otro listillo nos trata de convencer de que es un experimento psicológico. ¡Eso sí que tiene gracia!

Para que luego digan que la ciencia-ficción está lejos de la realidad. Orwell y Peter Weir, el director de "El show de Truman", ya previeron, sobre todo el último, la aparición de este "Gran Hermano". Resulta que su "show" sólo se adelantó en un par de años a la realidad.

Mucha gente, incluso gente inteligente por lo demás, estando de acuerdo conmigo, o casi, en este punto, me dice que por eso mismo prefiere el otro bodrio: "Operación Triunfo", porque sale gente que se lo curra mucho y canta bien. Y que la academia, las galas y las cancioncitas son más entretenidas e inocuas.

¡Y una leche!

Al margen de que me recuerde a otro programa del pasado con muchas menos ínfulas que respondía al menos altisonante nombre de "Gente joven", también esta porquería me trae reminiscencias de Orwell. Si has leído el libro –y, si no, te lo cuento yo aquí- recordarás que la vida miserable de la gente se ve amenizada, entre otras cosas, por las hermosas cancioncitas que emiten por la radio. Canciones siempre insulsas y pegadizas, sin peligro para las mentes. Canciones, y esto es lo más curioso, que crea una máquina, quizá semejante a las actuales computadoras, por combinación más o menos azarosa de las notas. Lo cual, si se me permite la opinión, no es muy distinto de lo que se hace en este telebodrio triunfante. Nuestros guapitos y esforzados cantantes –eso de que sean "académicos" parece darles cierta prestancia- se dedican a estropear canciones ajenas, mejores o peores en sí mismas pero que siempre salen desbaratadas con los arreglos que les preparan en el programa y, lo que es peor, también cantan bonitas e inocuas canciones que han sido creadas expresamente para ellos por anónimos compositores que, a mi parecer, se asemejan muchísimo a las máquinas compositoras de Orwell, ya que todas las piezas tienen un aire familiar y una falta de personalidad –por no decir sospechosas semejanzas con otras canciones de éxito igualmente insulsas- que hacen suponer que hayan sido fabricadas como churros para el consumo masivo del personal. Así se venden millones de discos llenos de cancioncillas tontas y grises que, por arte de la publicidad, se convierten en grandiosos

éxitos que suenan por todas partes, queramos o no escucharlos. No es muy distinto, por cierto, de lo que se logra con otros famosillos a los que se les hace semejante campaña. Por desgracia el panorama musical –por no decir genéricamente cultural- de nuestro tiempo –al menos en cuanto a cultura de consumo se refiere- es realmente patético.

No sigo porque me indigno pensando en todos estos chupópteros que nos "culturizan" por nuestro bien. Tampoco voy a hablar de los manipuladores que siempre se hacen de oro a nuestra costa. Diga yo lo que diga, la gente se seguirá tragando su "GH" y su "OT" –para la gente son viejos amigos a los que uno puede referirse, cariñosamente, por sus archiconocidas siglas- y las audiencias se dispararán. Si, al cabo, estos tristes programas se queman, ya se inventarán otros parecidos –o quizá más penosos y denigrantes- para que la gente siga enganchada –igual que a tantas otras cosas.

Lo único que pretendía aquí era quejarme y mostrar que una novela terrorífica de ficción social como es "1984" de George Orwell sigue aportando perlas de cultura a nuestra sofisticada y erudita sociedad actual.

Es curioso, cuando menos, que lo que, al ser escrita la novela, parecían posibilidades terribles, hoy en día resulten entretenidos programas de televisión. Quizá –y sirva esto de sugerencia para algún productor avispado- llegue el día en que en uno de estos concursos llenos de humanismo, respeto por el concursante y afán de educar, al sufrido concursante se le coloque, como en la novela, una máscara sobre la cara y se deslice por su interior una rata hambrienta.

Juan Luis Monedero Rodrigo

UN TIPO SOLITARIO

Debería utilizar el tiempo pretérito para referirme a él. Pero el caso es que todavía está allí. No me atrevo a decir que vivo. Decir que es ya supone un auténtico ejercicio de imaginación pues, incluso para mi vista perspicaz que casi lo ha creado, ya apenas sus contornos resultan perceptibles.

No puedo decir su nombre. No lo tiene. Tal vez lo tuvo, aunque ya nadie, ni yo mismo, lo recuerda. Tampoco seré capaz de describir su

aspecto, tan borroso aparece ante mí. Si nuestra existencia depende de que nos hagamos presentes para aquellos que nos rodean, es necesario concluir que nuestro hombre ha dejado de existir, de ser, ya hace mucho tiempo. Si aún no se ha borrado del todo, ha de ser porque permanece presente en el límite de mi consciencia que, por mencionarlo, evita su completa desaparición.

No hablo con conocimiento de causa. No hablo desde mi experiencia o recurriendo a la memoria. No tengo ningún recuerdo de este individuo. A fuerza de ser sincero, no sé si era/es hombre o mujer. No sé si fue/era/es humano. Hablo por mera suposición. Usando la imaginación tanto como la lógica.

Él/Ella debió de tener una existencia más tangible que la presencia etérea que ahora intuyo. Debió de tener padres, hermanos, amigos, afectos varios. Debió de existir para muchos otros. Quizá hasta disfrutó de instantes de felicidad. Tal vez gozó de momentos gloriosos. De éxito y fama momentáneos. Haciéndose presente para otras personas que, quizá, llegaron a admirarlo. Pero eso, si realmente sucedió, fue hace mucho tiempo.

Debió de ocurrirle algo grave para que acabara en lo que ahora ¿es? O no le sucedió nada en absoluto y sufrió una simple evolución/involución. Un día –digo día por mera conjetura- su vida cambió. Algo/Nada le hizo dudar. Provocó el primer atisbo del ensimismamiento fatal. Él/Ella/Ello, el ente, pensó que su vida no era la que había deseado vivir. Dudó de sí mismo, de la vida, de la posibilidad de ser feliz, siquiera momentáneamente. Dudó de sí y eso es dudar de todo. Se entristeció. Tontamente. Se dio cuenta de su vulgaridad, que es como decir su inexistencia, la imposibilidad de enfrentarse al universo como una consciencia independiente y diferente. Se vio envuelto por el abismo de la nada, de lo informe e indefinido. Le asaltó la sospecha del no ser y se convenció de la inutilidad del estar.

El ente se entristeció. Se ensombreció. Dejó de creerse y ya no tuvo objeto hacerse presente a otras consciencias, tan dudosas como la suya. Se sintió -aunque no era consciente de la falta de lógica de sentirse cuando no se es- repentinamente triste. Accesorio, contingente e inútil. Totalmente prescindible. ¿Qué sueños podía

albergar la nada? Su tristeza era tanto vacío como desesperación. Pero al final venció el primero, pues, al menos, la desesperación es una forma de vida. Por eso, envuelto en su espeso hálito de tristeza, el ente se aisló del resto de la existencia. Se encerró en sí mismo, preso de una suerte de autismo voluntario y extremo. Esa tristeza era su única afirmación de existencia, de individualidad. Cada vez más triste y pasivo, dejó de relacionarse con el resto del mundo.

Se dejaba vivir. Comía, dormía. Hasta cumplía con algunas rutinas, laborales o supuestamente afectivas. Un saludo, una respuesta automáticos eran su único contacto con otros mortales.

Pero eso fue al principio de su ensimismamiento. Porque luego el aislamiento se volvió total e irreversible. Estaba, pero nadie era consciente de su presencia. Era como no estar. Como no ser, a fin de cuentas.

Se convierte en sombra. En fantasma de sí mismo. Es como si se volviera un vegetal. Un árbol en mitad del paisaje. Vivo porque respira y se alimenta. Pero inerte. Paisaje. Todavía cruzan por su mente vagos pensamientos. Todos empapados en tristeza. Aún siente. Es esto lo único que lo acerca a la realidad. Se siente difuso. Su vida, él mismo y sus propios contornos, se van borrando poco a poco. Carecen de sentido. O nunca lo han tenido. Se borra. Como si fuera un dibujo hecho al carboncillo que se difumina progresivamente al ser expuesto a un ambiente inclemente.

Y resulta que es cierto. Ahora es difícil hablar de tiempos. Es imposible describir el transcurso de su ignorada evolución/involución. Pero lo cierto es que, poco a poco, ha ido desapareciendo. Su tristeza, su ensimismamiento en soledad, han hecho que deje de existir para el resto del mundo. Ya nadie lo conoce, nadie lo recuerda. Nadie lo ve cuando se cruza ante él. No hay hechos en los que apoyar su existencia. Ni él mismo trata ya de recobrarse. Conforme la gente se olvida de él, el árbol se marchita. El árbol al carboncillo se desdibuja. Pierde el rostro y los gestos, pierde la presencia y la memoria. Se borra paulatina e inevitablemente. Hasta desaparecer. O casi. Porque mi cuidadosa observación ha capturado el leve atisbo de su sombra. Una presencia informe que lucha por escapar definitivamente de la realidad. Por caer en la nada, de la que ya es parte. El triste fantasma,

a través de cuyos contornos veo una realidad más tangible, va desapareciendo poco a poco ante mi ya no tan atenta mirada. Cuando deje de escribir, habrá desaparecido. Aunque quizá algún lector sensible sea todavía capaz de evocar su tristeza infinita mientras lee las últimas líneas dedicadas a un tipo solitario que nunca existió.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SER EXPERTO

Todos hemos sido pequeñitos e imbéciles. Hasta yo. Ser niño y bobo va todo junto. Uno no sabe nada de la vida y se hace pajas mentales acerca de su futuro, siempre brillante y lleno de bondad. Vivir en la inopia tiene su gracia. Pero, al cabo, uno se despierta a la cruda realidad y tiene dos opciones: acostumbrarse a ella o irse al carajo.

Casi todos tomamos la primera opción. Algunos la disfrutamos, aprovechando las oportunidades que nos ofrece esta mierda de vida.

Ser niño es ser medio gilipollas. Lo del medio lo digo sólo por el tamaño. El entero lo dejo para los adultos gilipollas –la inmensa mayoría de los adultos- que merecen ser incluidos en esta categoría. Pero eso no quita para que uno pueda llegarse a poner nostálgico y recuerde su infancia con un cierto cariño. La inocencia, por su propia estupidez, tiene un cierto atractivo cuando se pierde.

Con todo, yo nunca he sido tan memo como muchos otros y, hasta de pequeñito, tenía ya algunas ideas interesantes. Tenía mi puntito cachondo y puñetero. Vamos, que apuntaba maneras.

Me acuerdo que de mayor quería ser muchas cosas. Como todos los niños, Pero nunca coincidía con mis compañeros. Me acuerdo de todos los bobalicones diciendo que querían ser médicos o bomberos, futbolistas, maestros, toreros, soldados o abogados. En buena medida, la vocación dependía de la serie de moda en televisión o de la última peli del cine. Había gente con gustos curiosos. Me acuerdo del Feli –no sé si se llamaba Felix, Felipe o Feliciano- que decía que quería ser chorizo. Yo, que me llevaba bien con él, le insistía en que mejor mafioso, que es más fino y ganas más. No sé si cumplió su sueño. Le perdí la pista la primera vez que entró al reformatorio.

Yo, por mi parte, quería ser, entre otras cosas, tertuliano. O tertuliero, de esos de la tele que se apuntan a todas pero no dicen ni una frase coherente. Por eso ahora, pasado el tiempo, creo que es más correcto eso de tertuliero, como frecuentador de tertulias, porque lo de tertuliano aún tiene su tufo cultural y suena a algo medio serio.

He dicho que de chico apuntaba maneras. Para empezar, era un vago del copón. También un poco gamberro y mala leche. Pero la pereza era ya entonces una de mis principales virtudes.

En aquellos tiempos se llevaban los debates televisivos. Eran algo más serios que los de ahora, pero tampoco nada de otro jueves. Siempre invitaban a cantamañanas que no decían más que sandeces. Por entonces empezaba a llevarse eso de que siempre se reunieran las mismas personas –enchufados, claro está- para hablar de cualquier tema. Desde entonces la tele ha progresado bastante. Ahora en vez de mendrugos con labia invitan a oligofrénicos bocazas y los temas nunca son serios. De hecho, apenas se habla y mucho menos se llega a razonar en ellos. Los debates de hoy día habrían hecho las delicias de Sergito Lipodias. Pero los de entonces ya le parecían el chollo padre al muchachito que, ahora ya crecido, os habla en su nombre.

Yo quería ser famoso sin trabajar. Este segundo punto era el más importante. El primero, el de la fama, me interesaba sólo en la medida en que yo lo identificaba con estar forrado de millones. Ahora sé que hay muchos famosos a verlas venir, pero la fama, bien usada, me sigue pareciendo una buena fuente de ingresos. Yo, que ya era un cochino materialista, quería ganar dinero fácil y cómodo. Dinero en abundancia. Y en mi inocencia pensaba que el mejor modo de lograrlo era convertirme en tertuliano. Quería ser uno de esos gañanes que no tenían idea de nada pero opinaban sobre todo y se apoyaban en su piquito de oro para soltar una verborrea impresionante y camelarse al personal. Además, en aquellos tiempos las tertulias nunca eran violentas. Parecía que no discutían, así que yo me pensaba que bastaba con largar tu rollo, que no tenías por qué llevar preparado, y luego no había ninguna necesidad de escuchar los de los demás. Acaso había que replicar de vez en cuando al moderador del programa con alguna vaguedad o una nueva perorata pero, entretanto, uno hasta podía

dormirse, como daba la impresión que les sucedía a algunos abueletes en los debates que parecían más sesudos.

¡Bendita inocencia la mía! Como todas las inocencias que en el mundo fueron y se han perdido.

La verdad es que mi idea de ser tertuliano tenía su gracia y hasta su lógica. Uno iba de programa en programa, en la tele y en la radio, diciendo sandeces y luego sólo tenía que poner la mano para que le lloviera pasta en cantidad.

En aquel tiempo me dedicaba a martirizar a la familia y a los colegas con mis charletas de entrenamiento. Y mejor que no se quejaran de mis peroratas, porque la alternativa era que me pusiera burro y empezara a hacer gamberradas, que siempre resultaban más divertidas. Los discursos llegaban a aburrirme hasta a mí, pero yo, que era muy consciente de que mi futuro dependía de aquel pequeño sacrificio, no cejaba en los esfuerzos verbales.

Luego crecí y decidí que no me parecía tan interesante eso de poner el careto y luego la mano. Entre otras cosas, porque en los debates de hoy en día cuando pones la cara te la pueden partir. La fama ya no me mola tanto como entonces. Con pocos años más comprendí que los que de veras están forrados procuran no exhibirse demasiado y a muchos de ellos les sobra el tiempo tanto como la pasta. Desde entonces cambiaron mis prioridades. Tuve la gran suerte de que mi padre estuviera subido al dólar y lo compartiera conmigo. Si hubiera seguido siendo un pánfilo, es posible que el viejo me hubiera colocado en alguna tertulia de radio o televisión. Sus influencias daban para eso y para más. Pero, por suerte, se me pasó aquella vena infantil.

Hay que reconocer que era un poco bobo. Pero nada comparable a los otros mentecatos de mi edad. A veces, invadido de espíritu juvenil, me imagino a mí mismo en alguno de estos debates casposos de la tele insultando y pegando a otros invitados. Molaría cantidad. Aunque es más divertido joder al personal sin que te vean. No quisiera ser uno de esos imbéciles a los que cualquier tipo señala por la calle con el dedo para recordarles que son tan gilipollas como la mayoría de la gente.

Realmente, si hoy en día me diera la vena participativa, ya no querría ser tertuliano ni tertuliero. Me haría experto. Es una

profesión cojonuda. De chico no la conocía. Pensaba que cuando un trabajo venía avalado por expertos se refería a otra cosa, a alguien especialista en un tema concreto. Pero ahora estoy convencido de que no es así. Los expertos existen y deben de estar forrados.

Cada vez que los políticos van a tomar una decisión seria sobre un tema peliagudo sobre el que no tienen la más remota idea –o es al revés que, como no tienen ni puñetera idea de ningún tema, el asunto se les vuelve peliagudo- reúnen –o dicen reunir- un comité de expertos para que tomen la decisión. ¿Alguien conoce a algún experto? Yo no, y tampoco conozco a nadie que conozca a alguien que conoce a un experto. Habría, pues, dos opciones. O bien los expertos no existen y el invento es una patraña para escurrir marrones, o bien existe la bonita profesión de experto y se trata de unos tíos que firman todos esos informes a los que se refieren los políticos. Yo creo que es esta última la opción buena. El oficio de experto es algo así como el de tertuliero. Aunque no tengas ninguna cualificación y tus conocimientos sobre el tema sean nulos, te plantas el sambenito de experto –yo creo que no hace falta ni exhibir títulos para ello, aunque, si fuera necesario, se inventan y santas pascuas- y ¡hala! A redactar informes y avalar decisiones. Es el trabajo cojonudo. Porque ahí sí que no das la cara. Y como se trata de esconder marrones, la cosa debe de estar muy bien pagada. A veces, cuando ya siendo adolescente descubrí este nuevo oficio que me hizo olvidar el de tertuliano, llegué a pensar que eso de experto debía de ser un apellido. Y realmente deseaba apellidarme Experto para poder firmar cualquier informe y llevarme la guita. Vamos, que si así hubiera sido me habría cambiado el apellido sin pensarlo.

Es que mola cantidad. Cada vez que hay un asunto chungo, el gobierno dice que ha consultado o ha reunido una comisión de expertos que son tan invisibles como el Espíritu Santo y que han dicho que la decisión que va a tomar el jefazo es la más chachi piruli super guay. ¡La hostia, vamos! Y luego nadie conoce a los expertos ni escucha sus argumentos, pero como su palabra es sagrada nadie la pone en duda. Eso sí que está bien, llevarse la pasta sin tener que poner la cara.

En fin, lo dicho, que si alguna vez me vuelve la vena filantrópica socializante, me dedicaré a redactar y firmar todos los

informes que me pidan. Entretanto prefiero dedicarme a llevar la vida padre, y nunca mejor dicho, a costa de mi muy sufrido viejo. Pasarlo de puta madre es lo mejor para no ponerse tristón y empezar a pensar en malos rollos ni curros raros.

Bueno, si alguien conoce un experto que me lo presente. A ver si me explica cómo funciona la cosa.

¡Hala, que os den!

Sergi Lipodias

LA USURPADORA

Hay gente en este mundo que parece enamorarse de la tristeza. Puede ser de la propia o también de la ajena. ¿Qué hay en la tristeza que a algunos les resulta tan irresistible?

Algo así podría haberse preguntado Aurora, aunque no lo hizo. Tal vez ella misma se había enamorado de la tristeza. O quizá era su marido el enamorado. Aunque lo cierto es que la tristeza, que parecía común y compartida, tenía en ambos distinto origen. Y, si alguien se encontraba relativamente cómodo en aquella situación, no era otro que Blas.

El señor Blas García era un hombre de cuarenta años, viudo joven, hijo y hermano ejemplar. Un dechado de virtudes. Un hombre triste que arrastraba melancólicamente su pasado. Un perfume embriagador al que la buena de Aurora no supo ni quiso resistirse.

Aurora era una buena mujer. Con sus treinta y pocos años se conservaba fresca y lozana. Era muy bella, al decir de la mayoría, y era esa cualidad la que, según ahora juzgaba, le había impedido encontrar un hombre a su medida, pues todos los pretendientes que tuvo se fijaron sólo en el precioso envase para luego demostrarle que despreciaban su contenido. Por esa, y no por otra razón, Aurora había llegado soltera a la treintena. Y por su carácter romántico y apacible, tan sensible a la bondad ajena, había quedado prendada de la sencillez de Blas. También de su tristeza, que no era capaz de disimular.

Esa tristeza era fácil de explicar para todo el mundo. Blas García, joven abogado de brillante futuro, había perdido de una sola vez a su amadísima mujer y a su primer hijo. Ambos fallecieron durante el parto. Nada se pudo hacer. Y cuando, a la mañana siguiente,

el periódico local dedicó una misma esquela a doña Laura Martín y al pequeño Martín García, su hijo que no llegó a llorar, muchos se compadecieron de la desgracia de Blas y se solidarizaron con su aflicción. Una pena que nunca llegó a desaparecer del todo. Blas idolatraba a su mujer y el paso del tiempo no le trajo ni el olvido ni la alegría. Sólo sirvió para sustituir la pena por una densa niebla de melancolía que impregnaba toda la vida del letrado.

Aurora no conocía a Blas por aquel entonces. De hecho Aurora no vivía aún en la ciudad. Sí lo conoció más tarde. Blas no era una celebridad, pero Aurora coincidió con él en un par de reuniones de amigos y no pudo evitar sentir en su corazón el fuego de la pasión que ya creía olvidado para siempre.

Fue ella la que forzó posteriores encuentros y procuró buscar ocasiones en las que coincidir con el apuesto cuarentón. Blas, por su parte, apenas se fijó en aquella guapa mujer que había entrado en su vida. Mientras otros suspiraban por la forastera y Aurora era mencionada con admiración en los mentideros de la ciudad por muchos hombres de posición, el señor Blas García permanecía ignorante de las atenciones que le dedicaba aquella dama.

Quizá no fueron tanto la persistencia de Aurora o su buena disposición como las opiniones ajenas las que motivaron el cambio en la actitud del viudo. Y es que, por más que Aurora trataba de congraciarse con Blas en las pocas ocasiones en que coincidían en sociedad, fuera porque eran invitados a idénticas reuniones o porque Aurora forzara "fortuitos encuentros" en la calle, la distancia entre ambos no parecía reducirse jamás en lo más mínimo.

Pero un día todo esto cambio. O pareció cambiar, tal y como ahora, con la perspectiva del tiempo, lo veía Aurora. Ese día fue el propio Blas García quien acudió a visitarla y, ya desde entonces, la invitó a dejarse ver en su compañía por aquella pequeña ciudad en la que pronto serían la comidilla general. Blas fue muy sincero desde el principio: se acordaba mucho de su mujer pero, como todos le decían, debía rehacer su vida y superar aquel terrible drama.

En aquella simple coletilla, el famoso "tal y como todos le decían", debía de estar el quid de la cuestión. La gente que conocía a Blas y se apiadaba –cómo no iba a hacerlo- de él, intentaba darle

ánimos, sacarle de aquella terrible tristeza. Y, para que abandonase sus lúgubres pensamientos, consideraban requisito imprescindible hacerlo salir de la soledad en que se había encerrado. Todos le decían, con la mejor intención, que lo que debía hacer era buscarse una buena mujer con la que empezar de nuevo; rehacer su vida, como suele decirse con respecto a las existencias marcadas por algún acontecimiento de este calibre, como si una vida pudiera hacerse y deshacerse a voluntad o en una vida rehecha el pasado pudiera perder su ascendiente.

El caso es que Blas García, quizá él mismo cansado de aquella vida y su invencible tristeza, tomó en cuenta los buenos consejos de familiares, amigos, conocidos y gente de bien, todos con la mejor de las intenciones, que lo invitaban a salir de aquella situación. Así que, venciendo esa tristeza que lo invitaba a la inmovilidad, el ilustre letrado comenzó a buscar candidata entre las mujeres de buena familia y posición que conocía y estaban disponibles para el matrimonio, aquella que pudiera servir de bálsamo a sus dolores.

No sólo por cercanía y predisposición, sino también por parecerle la más adecuada entre todas, escogió Blas a nuestra Aurora. La pobre mujer sintió que el corazón le iba a estallar de emoción cuando el viudo acudió a buscarla. Sabía que, realmente, Blas García aún no la amaba, pero estaba segura de poder lograr que la tierna amistad que empezaba a forjarse entre ambos podría con el tiempo trocarse en verdadero amor, tan apasionado como lo era el suyo propio.

Blas García no cambió demasiado sus ánimos ni su actitud. Pero la triste parejita, que se dejaba ver por todas partes y acudía en común a todas las citas sociales, se fue consolidando. Quizá por rutina más que por convicción de ambos. Menos aún por amor.

Quizá fue por esa sensación de desapego por lo que la señorita Aurora Amilibia se lo pensó muy mucho antes de aceptar la petición de matrimonio de la que fue objeto por parte del señor García. Después de tres años de viudedad y uno de insulso noviazgo, Blas García decidió que era el momento oportuno para formalizar aquella relación que, por extraño que parezca, aún consideraba necesaria para empezar esa nueva vida que decía ansiar, quizá como

simple eco de todas las voces amigas que le invitaban a dar ese paso y confirmar ese supuesto cambio. Pero ya se sabe cómo es el amor. Incapaz de autoengañarse con respecto a los sentimientos de su novio, Aurora tampoco pudo rechazar al hombre del que tan profundamente enamorada estaba y, aun intuyendo que la transformación del marido, si es que llegaba a producirse, sería lenta y trabajosa, Aurora lo aceptó como esposo. Y, pese a todos sus temores, se sintió profundamente feliz. Quizá por la felicidad que da el alivio, la sensación de lo que, para bien o para mal, queda concluido en nuestra vida.

La boda fue hermosa. Una boda de provincias con muchos invitados, no todos ellos conocidos y menos aún deseados. Una boda insulsa. También impregnada de una indescriptible sensación de lejanía, puesto que ninguno de los contrayentes se mostraba tan vehemente y nervioso como cabía esperar. Él porque tenía la cabeza puesta en otro tiempo y otra ocasión anterior realmente feliz. Ella por vergüenza, por no querer dar una nota disonante frente a su sobrio marido.

Tras la ceremonia, las felicitaciones y el banquete, hubo un breve viaje de novios a la capital. Blas trató de ser amable y cariñoso. Pero no pudo escapar a su mutismo. Se mantuvo todo el tiempo silencioso y serio. Aurora fue incapaz de arrancarle más de tres frases seguidas, menos aún una sonrisa o un beso apasionado.

Las cosas no mejoraron a la vuelta. Y, como que Aurora se dio bien pronto por resignada, puesto que nuestra oposición a lo previamente esperado nunca es duradera ni eficaz, tampoco quiso forzar el afecto de su flamante esposo el cual, lejos de iniciar aquella ansiada nueva vida, se volvió más ensimismado e introvertido si cabe, sin que en la expresión de su rostro dejase de reflejarse aquella pena indefinida de la persona que vive su tiempo pero está anclada a recuerdos del pasado que parecen cruzar continuamente ante sus ojos soñadores.

Blas decía amarla, pero Aurora no sentía ninguna prueba de ese sincero afecto. Era incapaz de animarlo o de moverlo a cualquier actividad. Incapaz, en cierto modo, de llegar al verdadero Blas, a su corazón, que ella intuía bien oculto en el fondo de aquella máscara con

que se enfrentaba al mundo. El Blas real era un tipo sensible y doliente que trataba de ocultarse de todo y de todos para no mostrar su dolor. Y Aurora no podía soportar aquel fingimiento y aquel desapego hacia ella.

Cuando uno está locamente enamorado nunca llega a plantearse la posibilidad de separarse del objeto de sus afectos. Ni siquiera su inconveniencia. Tal vez era eso lo que les sucedía a los García. Aunque la situación era bien distinta para ambos consortes. Aurora estaba profundamente enamorada de su Blas, un Blas que podía ser tan irreal como son las imágenes que todos nos formados de las personas, incluidos nosotros mismos. Aurora hacía todo lo posible por llegar hasta Blas y fundir aquel corazón roto que a ella le hacía sentir miserable. Aurora trataba por todos los medios de complacerlo, en la secreta y absurda esperanza de que aquel sacrificio sería capaz de vencer la resistencia de su amado. Siempre estaba pendiente de él, dispuesta a servirlo hasta en el último detalle. Pendiente de sus deseos y preocupaciones. Con esa insistencia que, a veces, hace que se resulte odioso para el objeto de nuestras atenciones. Pero Aurora no podía evitarlo. Quería, en cierto modo, salvar a Blas, sacarlo de aquella melancolía que no le dejaba vivir. Pero no era capaz de lograrlo y ello le causaba profunda frustración, pues la hacía sentir inútil e impotente. Le hacía sentir que no sólo no era amada por su hombre sino que ni siquiera merecía hacerse acreedora de su afecto. Pero, resignada a su suerte y todo, no cejaba en su empeño, quizá por cabezonería o absorbida por esa rutina que había asumido como propia y necesaria. Una rutina en la que también se incluían la tristeza y el dolor, ambos surgidos como simple reflejo de los que emanaban de su marido.

El señor García, por su parte, no era del todo consciente de la situación. Ni siquiera lo era de su melancolía o de aquel amor fosilizado en su corazón que le hacía añorar a la mujer perdida y anhelar su imposible vuelta. La boda no le pareció una mala idea, puesto que había devuelto un orden y un ritmo a su existencia. Aurora era buena y paciente, tolerante con sus cambios de humor. Blas no se planteaba que su mujer fuera infeliz ni que aspirase a otra vida. Para Blas la felicidad no existía y no tenía objeto aspirar a un imposible. Había que dejarse llevar por la vida y padecerla con la mayor indolencia. Para

Blas el mundo consistía en su trabajo, una vida en común con su nueva mujer, y, por encima de todo y nublándolo todo, el doloroso recuerdo de un tiempo preñado de esperanzas que se rompió como cristal cuando su primera mujer, Laura, y su hijito desaparecieron. No era consciente de no haber asumido esas muertes. No era consciente de que su infelicidad contagiosa había enamorado a Aurora y su nueva mujer padecía tanto su propia tristeza como la del marido. Sólo era consciente de que en el lento y penoso transcurrir de su tiempo siempre permanecía en su mente, como si aquello fuera lo único real, la imagen de una Laura sonriente que le hacía recordar circunstancias mejores.

Blas era lo bastante considerado como para no mencionar a su mujer muerta en las conversaciones. Menos aún en las que mantenía a solas con Aurora. Pero no podía evitar que su espectro revolotease continuamente sobre él, tiñendo con los colores del pasado todo el presente, así como el inexistente –por ignorado y prescindible- futuro. Aurora se daba perfecta cuenta de que entre ambos siempre permanecía aquella Laura a la que no llegó a conocer, salvo por foto. No era necesario que Blas la mencionase para que Aurora sintiese como su marido la comparaba con ella. Aurora era consciente de que sus palabras, sus gestos, sus obras eran siempre comparadas, aunque Blas no pretendiera hacerlo, con las propias de Laura. No de la Laura verdadera, sino de aquella ideal forjada en la mente de Blas a partir de una mezcla de recuerdos, deseos, dolor y un amor que nunca se había consumido. Y en esas comparaciones siempre salía Aurora perjudicada. No podía ser de otro modo. Porque un muerto idealizado carece de defectos. Los fantasmas pueden ser perfectos y, lo que es peor, tan reales o más como las personas vivas si uno se afana en creer vehementemente en su existencia. Aurora no podía competir con el fantasma de Laura. Ella era sólo su sustituta, un pálido reflejo de su perfección, una simple mortal locamente enamorada del creador del fantasma. Para Aurora Laura era una usurpadora, puesto que había regresado de aquel nebuloso más allá para atormentar a Blas con su recuerdo idealizado, para no dejarlo ser feliz, para detenerlo en el tiempo, igual que los fantasmas parecen atrapados en su propia irrealidad.

Blas nunca amonestaba a Aurora. Blas nunca se quejaba. Nunca discutían. Pero Aurora sabía que no era una cuestión de carácter, por más apacible que fuera el de su marido, sino más bien de desinterés. Uno no discute ni pelea por aquello que no le importa. Y a Blas, tras la muerte de Laura, ya no había nada que le interesase en este mundo. Por eso dejaba que el tiempo transcurriese sin más, como si pasase a través de él. Aunque comía, trabajaba y se relacionaba, daba la impresión de que sólo una pequeña porción de su mente se dedicaba a esos menesteres mientras que el resto estaba ocupado en alimentar el dolor del recuerdo. Quizá por eso Blas se había casado con ella, pensaba Aurora, porque todo le daba igual y seguía los consejos ajenos sin pensar ni sentir. Simplemente se dejaba llevar. Lo malo para Aurora era que también ella se veía arrastrada, lo quisiera o no, por aquella indolencia, aunque su corazón distara mucho de estar tan muerto como el de su marido.

Aurora, ya que no podía odiar a Blas, se dedicó a aborrecer a Laura. La mujer muerta era la que se interponía entre los dos, la culpable del dolor. Era irracional, y Aurora no encontraba consuelo en aquel odio. Pero no podía evitarlo. Por eso, poco a poco, se fue consumiendo. Todos, salvo su marido, se daban cuenta de que día a día aquella bella mujer se iba enflaqueciendo y desmejorando. Cada día aparecía más triste y amargada, más pasiva. Al principio hacía planes para vencer a la usurpadora. Le daría a su Blas un hijo que sustituyera al antiguo y llegaría a su corazón a través del afecto paternal que sin duda llegaría. Pero Blas no quería hijos, ni le ilusionaban. Quizá temía perderlo de nuevo si este llegaba. Aurora planeaba reuniones románticas, momentos felices, pero todos se desbarataban en presencia de su marido, incapaz de ilusionarse. Aurora, en esos días, procuraba acicalarse y hasta pensaba en las conversaciones que podría mantener con Blas. Incluso intentaba discutir y pelear con él, al comprobar que todos sus planes eran inútiles. Pero, por más que se lo propuso, no logró iniciar una sola confrontación. Como no logró desinteresarse por él, ni tampoco odiarlo. Hasta que llegó un momento, o fueron varios que se alternaron en el tiempo hasta parecer un proceso continuo, en el que Aurora se dejó llevar por la melancolía de Blas y se entristeció, asumiendo la derrota. Desde entonces dio por

vencedora a Laura y, sin más, se dejó morir. Quizá no lo hizo de forma consciente pues, en apariencia, siguió siendo la misma, al menos para los embotados sentidos de Blas. Pero la realidad es que la tristeza la fue consumiendo poco a poco. La desgana, la falta de ánimo o espíritu de lucha, la voluntad minada y la pérdida de cualquier esperanza fueron la causa primera y única de sus enfermedades, que fueron llamadas nerviosas por los doctores que la atendieron. ¿Cómo era posible que aquellos doctos hombres de ciencia no fueran conscientes de la tristeza que devoraba a esta mujer que antes era tan vital? Está claro que uno sólo ve aquello que quiere o espera ver.

La enfermedad nerviosa degeneró, no obstante, en el mal físico al que todos prestaban mayor atención. Aurora cayó en cama. Tenía dolores por todo el cuerpo. Sentía molestias en el vientre, le dolía la cabeza, tenía fiebre, sudores. Los médicos no sabían explicarse su mal. Aurora ya nunca más se levantó del lecho.

Su único consuelo antes de morir –antes de dejarse morir- fue ver, durante la víspera de su muerte –que ella, obviamente, ignoraba que fuera a producirse en ese plazo-, a su marido, su Blas, sentado junto a ella con los ojos llorosos y alucinados.

-Creo que no te he ayudado como debía –le dijo con una voz sinceramente angustiada mientras tomaba su fría mano entre las propias.

Aquello significó un breve instante de felicidad para Aurora. Su marido se preocupaba por ella. Y uno sólo se preocupa por lo que ama. Luego Blas, pese al fantasma de la usurpadora, sí que la amaba, aunque no fuera del modo que ella había imaginado y deseado.

Quizá aquel instante de felicidad fue demasiado para su maltrecha salud. La emoción del momento, unida a toda una noche de sueños y pesadillas en torno a la idea de que Blas había llorado ante ella y por ella, terminaron de quebrantar su última resistencia y murió al alborear.

Exhaló su último aliento con una sonrisa entre los labios. Pensando en Blas y su nuevo dolor. Pensando que, al cabo, tal vez ella también se convirtiera en un pequeño fantasma que acompañaría, como lo hacían Laura o Martín, a Blas por dondequiera que fuese. Que quizá, como fantasma, Blas la amaría como no lo había hecho en vida. Y ese

fue consuelo suficiente para ser feliz: pensar que, después de muerta, podría sentirse amada.

No se equivocó. El talante melancólico de Blas se acentuó aún más tras la muerte de su segunda esposa. La gente del lugar comentaba la desgracia que perseguía a aquel buen hombre. El cuarentón Blas García, viudo por segunda vez, exhalaba un aire de insuperable tristeza que lo hacía digno de lástima y amor. Fueron muchos los que apuntaron como solución a sus males encontrar una buena mujer que lo sacara de aquella postración. Y no faltaron candidatas que, prendadas de aquel aire doliente, se mostraron dispuestas a presentarse como postulantes, ignorando que el viudo solitario ya tenía suficiente compañía con tres fantasmas que no consentían que ningún vivo pudiera aspirar a un hueco en su corazón.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CONCEPTOS

Vuelvo a estas páginas para arrojar nueva luz sobre los asuntos que se tratan en este número. Se supone que hablamos de melancolía. Y dice el Diccionario de la Real Academia Española que melancolía o melanconía (que también así se puede decir) es la tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre quien la padece gusto ni diversión en nada. Supongo que es a este concepto al que se refiere el tema del presente número. Porque también incluye el diccionario otras dos acepciones: monomanía en que dominan las afecciones morales tristes (que supongo que también nos vale, aunque sea una definición médica) y bilis negra o atrabilis (también médica, pero antediluviana, como quien dice, por su origen galénico, que no creo que nos sirva). Pues bueno, creo que ahora ya está todo más claro. Suyo afectísimo:

Abundiógenes

LA FELICIDAD MENSURADA

Quiero aprovechar esta ocasión para hacer partícipe al mundo entero de una buena noticia en este mar de tristeza.

Opinamos los científicos, y con razón, que el primer paso para reproducir artificialmente cualquier hecho, objeto o fenómeno es su completa comprensión. Y, siendo necesaria la perfecta medición de los parámetros para conseguir esa comprensión absoluta, yo soy el primero en congratularme muy sinceramente de los enormes progresos que he alcanzado en mis estudios filantrópicos-antropológicos que me han conducido a la elaboración de mi próximamente famoso índice o ecuación hiperobjetiva.

Leí hace cierto tiempo en la prensa, no sin cierto humor, que un grupo de mequetrefes pretendía establecer en una sencilla ecuación paramétrica algo así como la receta de la felicidad. Me causaba risa aquel torpe intento, el cual carece de toda seriedad. Causa sonrojo que sea publicado semejante "estudio" –y digo estudio por llamarlo algo- en una revista seria de alcance internacional.

He de confesarles que este rechazo no se debe a que piense, como algunos, que la felicidad es un intangible y que siempre habrá un motivo cualquiera para empañar la más completa alegría. No es ese el caso. Como empirista convencido y tecnócrata practicante, estoy seguro de que nuestro mundo en perpetua progresión, pese a la degeneración paulatina de la especie, logrará dar en breve con la panacea de la felicidad. Y en ello tendrá mucho que ver mi último estudio del que, sin falsa modestia, debo confesarme cabalmente orgulloso. Si no he publicado aún la fórmula completa es porque considero necesaria una pequeña modificación para ajustar su precisión hasta el extremo. Dudo entre una formulación matricial y otra diferencial. En todo caso, puedo mostrar un pequeño avance de mi índice en su forma más primitiva.

Yo lo he llamado IFAG (Índice de Felicidad Absoluta de Grogrenko) y, como digo, reducido a su forma más simplificada, podría resumirse en la siguiente ecuación, cuya sencillez y elegancia la convierten en belleza, como lo son todas las verdades científicas:

$$F=R^3-VL^{1/2}+\log IS+G+T/2-P^2+M^4+L-S^2$$

Seguidamente paso a identificar los parámetros que se consideran para evaluar el índice. Obvio es reseñar el hecho de que todos los factores han sido científicamente valorados así como su peso específico.

F: es la felicidad, el objeto de medición de este augusto índice.

R: se trata del valor absoluto de la riqueza material del individuo que quiere calcular su índice de felicidad personal. Aparece elevado al cubo por ser este un factor fundamental del índice.

VL: volumen de emisión lacrimal. La dependencia no es directa, sino que depende de la raíz cuadrada porque, aun predominando el llanto de tristeza, hay que tener en cuenta la reducción provocada en el peso del factor por las lágrimas de alegría.

IS: es la intensidad sonora de las risas del sujeto de estudio. El que figure un valor logarítmico se debe, como todo el mundo sabe, a que la intensidad sonora obedece a una escala logarítmica.

G: término que se refiere a la cantidad de alimento ingerida por el individuo. Resumidamente, puede denominarse gula. La dependencia es directa, si bien en posteriores revisiones de la ecuación me he visto obligado a modificar este parámetro, pues no provoca la misma felicidad la ingesta de un bocadillo de chorizo ibérico que de un simple cantimpalos.

T: es una medida del trabajo. Es más feliz quien más trabaja pero, como nunca se trabaja lo suficiente, la felicidad no puede ser completa y tampoco es directa la dependencia, de ahí la reducción en el peso del factor.

P: es, por el contrario, la perniciosa pereza que conduce a la condenación de las almas y a la molicie de los cuerpos. Por eso su valor cuadrático negativo como gran causante de infelicidad.

M: la benéfica moralidad que todo lo sana. Las personas de moralidad elevada ven aumentada su felicidad gracias al sentido de justicia y el afán de buscar el bien en todas sus obras. No es necesario explicar el porqué de potencia tan elevada.

L: este término se refiere al lirismo. Se trata de un factor que sólo afecta a los espíritus elevados dignos del toque beatífico de la musa. Sólo nosotros los genios podemos disfrutar de este goce que nos conduce más rápidamente a la felicidad. Aunque la dependencia es lineal, está claro que su entidad la convierte en el factor principal de la ecuación.

S: el sueño, reparador de cuerpos agotados, se convierte en terrible lacra de la humanidad cuando ayuda a la pereza y sirve como su lacayo más que como reposo.

He comprobado que los demás factores carecen de relevancia en comparación con estos. Por eso no los he incluido. A algún lector poco cultivado le sorprenderá la ausencia de la salud, del sexo o aún del tan cacareado amor. Igual que echará en falta todo tipo de factores endógenos y exógenos. No me molestaré en sacarlos de su error. Mi Índice de Felicidad Absoluta no sólo es completo sino además infalible. Es el mejor para calcular la felicidad individual de la población. Para ello se pueden obtener valores promedio con los que comparar al resto de las personas. Creo yo que mi índice es de aplicación mundial, sin que haya que hacer distingos en razón de la raza, religión, cultura o permisividad sexual.

Si alguna pega se le puede poner, tal como aquí aparece formulado, es que incluye un pequeño error de apreciación que yo he calculado en torno a 3'5 partes por millón. A mentes imperfectas les parecerá despreciable, pero a alguien como yo no puede sino molestarle tal grado de imprecisión, razón por la cual sigo embarcado en mi incansable búsqueda del índice ideal.

No duden en utilizar mi sencilla fórmula para calcular su índice de felicidad personal. Es infalible. Queda a su disposición:

Gazpachito Grogrenko

(el más feliz y útil de los científicos del orbe)

Nota de la redacción: la omisión de unidades de medida para el índice no se debe a la desidia de esta casa sino a la opinión del señor Grogrenko de que la precisión de su índice se mantiene independientemente de que se use cualquier unidad.

INCOMODIDADES DE LA MUERTE

No es muy razonable pensar que cualquier pueblo que ha desarrollado una cierta tecnología ha de ser civilizado. No lo eran los Pwarkj, por mucho que lo hubieran engañado en un principio con su amabilidad y buenas maneras.

Jonás Fresasconnata no podía aceptar como cosa lógica en un pueblo civilizado el que se tratase a los moribundos con el desprecio que había observado entre aquella gente insensible.

Jonás, primeramente, había creído que los Pwarkj eran seres de elevada moralidad, ejemplos de perfecta civilización, de armoniosa conjunción de racionalidad y afectuosidad. Un pueblo que cuida con mimo a sus escasos infantes, que se preocupa por el medio ambiente y que lucha por la conservación de todas las especies del universo conocido, ha de ser bueno y civilizado.

Tal era la idea que tenía Jonás del pueblo Pwarkj durante las primeras semanas de contacto con ellos. Pero esa imagen benéfica se deshizo de repente cuando el viajero pudo conocer algunos detalles íntimos de aquella raza de malvados.

Como en otras ocasiones, Jonás Fresasconnata había aprovechado su oficio de transportista espacial para satisfacer su inmensa curiosidad por las civilizaciones exóticas. Jonás había oído hablar en muy buenos términos acerca de lo elevado de la cultura Pwarkj. Pero nunca había tenido ocasión de conocer a aquella etnia más allá de la escasa información que se podía obtener a partir de los manuales de viaje. Por eso, y porque los beneficios del negocio eran interesantes, Jonás no tuvo ningún reparo en aceptar el encargo de transportar un cargamento de plomo hasta aquel planeta tan deficiente en metales pesados. El viaje, como otros que ya había llevado a cabo el transportista, lo conducía casi hasta el límite del universo conocido. Muy lejos de las principales rutas comerciales. Pero el sociólogo aficionado no podía resistirse a la tentación de conocer a aquel pueblo tan interesante. Aunque ello le supusiera un viaje largo y dejar de lado otros negocios, los beneficios de este trabajo eran suficientes como para compensar el tiempo perdido en el espacio. De todos modos, la mayor compensación provenía de la posibilidad de permanecer entre los pwarkjos unos cuantos meses para poder conocer de primera mano sus costumbres y su vida social, más allá de la ridícula información de las guías de viaje. Jonás se llegó a plantear la posibilidad de redactar él mismo una guía de los Pwarkj y sacarse un dinero iluminando a los curiosos con su sabiduría. Como idea sonaba bien, pero Jonás sabía de sobra que aquel tipo de guías no solían

constituir éxitos editoriales. La curiosidad de la gente no acostumbraba ir más allá de conocer las noticias de su propio pueblo o el vecino. Además, aunque a Jonás no le gustara reconocerlo, estaba claro que las musas literarias no eran las principales inspiradoras del intrépido aventurero.

En realidad Jonás no necesitaba ninguna excusa para realizar aquel viaje durante tanto tiempo soñado. No arruinarse con él era motivo más que suficiente para llevarlo a la práctica. Así que Jonás cargó a su Betsie con toneladas y toneladas de plomo en lingotes, una mercancía por la que su cliente había pagado un buen dinero. Al parecer, entre los Pwarkj se hacían con aquel material valiosos adornos que en otro mundo pasarían por baratijas. De aquel suculento negocio Jonás se llevaba, por los portes, una jugosa tajada.

El viaje le llevó seis semanas. De salto en salto, de mundo en mundo, Jonás se aburrió sobremanera. Aunque todo lo compensó la llegada a Envelés, el tercer planeta de Blujk, el sol local, la patria de los Pwarkj.

Era aquel un mundo muy hermoso. Un vergel de islotes cubiertos de una exuberante vegetación azulada y de un proceloso mar de aguas saladas. A Jonás, pese al color de aquellos vegetales que más parecían globos que árboles, el mundo, con su sol anaranjado, su mar y sus nubes, le recordó bastante a la Tierra. Si a esto unimos la impresión que los Pwarkj causaron en el espíritu del viajero, se comprenderá que el transportista se sintiera feliz.

No conocía a nadie en Balbalik, la capital de Envelés, aparte de su cliente. Este último era un personaje muy ocupado que no sentía ninguna curiosidad por el terrícola. Pero su presencia no fue necesaria para que Jonás pudiera relacionarse con otros Pwarkj y conociera su avanzada civilización.

De los Pwarkj no se podía decir que fueran agradables para la vista de un ser humano. La tendencia de la mente humana a encontrar símiles y semejanzas para lo que desconoce es tal que Jonás no pudo evitar buscar algún parecido a los Pwarkj. Y, salvando las distancias, decidió que se asemejaban a un cangrejo o una cucaracha de ojos pedunculados y saltones. Eran los Pwarkj seres más bien rechonchos. Ninguno pasaba del metro veinte. Chaparros y macizos. Su cuerpo, por

llamarlo de algún modo, estaba cubierto por un tegumento de color castaño cuya textura recordaba a la cáscara de una nuez, aunque su color era el de la bellota. No tenían cabeza ni pies. Sobre su cuerpo cilíndrico sólo había una especie de casco, a modo de tapadera de olla, bajo el cual se movían los largos ojos ovoides unidos a sus correspondientes pedúnculos. Eran dos, los mínimos necesarios para lograr la visión estereoscópica. Y la misma cavidad que portaba los órganos de la visión servía de boca y respiradero. Aquel cuerpo cilíndrico e indiferenciado exteriormente era, sin embargo, de una flexibilidad pasmosa. No tenía piernas ni pies. Un millón de diminutos apéndices, a modo de ridículas patitas de insecto, servían a aquellos seres para desplazarse con asombrosa agilidad. Sí que tenían dos brazos o, por decirlo más correctamente, tentáculos digitados, recubiertos por el mismo exoesqueleto coriáceo que el resto del cuerpo. Ciertamente un humano no los podía ver guapos. Aunque Jonás, como viajero curtido que era, estaba acostumbrado a todo. Había visto tantos seres extraños, que en estos encontraba su punto de elegancia y belleza. No se puede decir lo mismo a la inversa. Para los Pwarkj aquel alienígena blando y viscoso que rezumaba secreciones asquerosas resultaba sumamente repugnante y nada llamaba más la atención que las pequeñas hebras de su pelo, sin utilidad en la motilidad, o el extraño apéndice nasal que rugía al respirar.

No obstante las diferencias, Jonás fue capaz bien pronto de vencer cualquier escrúpulo por parte de los Pwarkj. Si al principio no conocía a nadie y permanecía en su nave, alimentándose de los productos que Betsie le suministraba, bien pronto estableció contacto con algunos de los empleados del espaciopuerto y, por su mediación, pudo conocer algunos lugares y personas interesantes.

Al cabo de tres días de aburrimiento, todo cambió para Jonás. Al quinto día conoció a los investigadores del Centro de Estudios Exobióticos de la capital y, desde entonces, tuvo acceso a todo tipo de información a cambio de la que él proporcionaba a aquellos científicos.

Entre sus nuevos amigos, bien pronto destacó uno especialmente amable: Blajsky. Este personaje, cultivado, inteligente, atento y con insaciable curiosidad, resultó tan afín para nuestro

héroe, que se convirtió en su socio de confianza. Pwarkj y humano terminaron por hacerse compañeros inseparables y amigos del alma. Por este Blajsky pudo Jonás abandonar a su Betsie e instalarse en un barrio residencial, rodeado de hermosos globos azules, en un pequeño apartamento hipogeo justo al lado de la propia cueva del aborigen. En realidad no era sólo la cueva de Blajsky. Con él convivían parte de su familia genética y cinco o seis reproductores afines a ellos. Los Pwarkj, como comprendió bien pronto Jonás, conformaban unidades familiares un tanto extrañas, con grupos reproductivos comunales. Por Blajsky, pudo Jonás visitar los lugares más encantadores de la ciudad y probar algunos alimentos locales, curiosamente compatibles con la bioquímica terrestre, aunque un tanto indigestos y poco nutritivos. Por Blajsky pudo Jonás hacerse una idea, que a la postre resultó equivocada, de los usos y costumbres de aquella gente maravillosa. Con él pudo Jonás viajar a los lugares más famosos de la provincia. Admiró las Torres Blancas de cuarzo que se elevaban, gemelas, hacia el cielo. Visitó el bosque de los Plavs, los grandes árboles-globo que cambiaban de color y emitían tenues silbidos. Visitó las ruinas de la vieja Balbalik y asistió a una representación de fugsy, el teatro cantado de los Pwarkj. Entre aquellas maravillas y gozando de tan amable compañía, Jonás comenzó a fascinarse por aquel mundo y sus pobladores.

Quizá Jonás, después de sus últimos viajes, debería estar escarmentado de lo erróneo de aquellas primeras impresiones. En muchas ocasiones ya había comprobado que sus huéspedes no eran tan maravillosos como él sospechaba y casi siempre ocultaban oscuros secretos. Pero el viajero, tan dado a las ensoñaciones y el apasionamiento, no podía evitar entusiasmarse por las civilizaciones que estudiaba y, a la vez, enamorarse un poco de su modo de vida. No fue diferente con los Pwarkj y, tras sólo dos semanas de convivencia, Jonás había decidido que sus nuevos amigos eran los seres más maravillosos del universo y, como un niño, se emocionaba ante cada nuevo descubrimiento.

Le fascinaba la enorme capacidad intelectual de los Pwarkj. De vez en cuando, se desarrollaban entre ellos conversaciones tan profundas que la máquina traductora apenas era capaz de verterlas al idioma de Jonás, y la mente de este último lo era aún menos de

comprender el sentido de aquellas frases. Jonás admiraba su pacifismo a ultranza, su solidaridad. Y le fascinaba, sobre todo, su elevada moralidad que les hacía, al modo de los jainitas terrestres, respetar cualquier forma de vida, por miserable que fuese, con un amor que iba más allá del simple ecologismo.

Pero claro, la imagen idílica que Jonás se formara de los Pwarkj poco tenía que ver con la realidad. O, cuando menos, fue eso lo que pensó el viajero acerca de sus anfitriones cuando pudo ver el trato que dispensaban a su querido Blajsky desde el momento en que las cosas se pusieron mal para él, de un modo repentino, y el científico vio peligrar su vida. Blajsky se asustó. Sintió un breve malestar y, de repente, ya no se pudo mover. Quizá Jonás no era quién para juzgar las costumbres de un pueblo extraño. Menos aún cuando el propio Blajsky se tomaba el asunto con la entereza y humildad con que lo hizo. Pero un humano no puede escapar a su forma de ver el mundo y Jonás no pudo dejar de juzgar como cruel y bárbara la respuesta de los Pwarkj de su propia familia ante la repentina y grave enfermedad de su amigo Blajsky.

Y es que toda la familia abandonó a Blajsky a su suerte. Y no de una forma alegórica, sino literal. Su amigo, consciente de la gravedad de la situación, anunció a todos que iba a morirse. Incluso se disculpó, como si aquello fuera responsabilidad suya, como si pidiera perdón por las incomodidades que iba a causar.

Ni sus familiares, ni los reproductores con los que convivía, se inmutaron en absoluto. Como si aquello fuera lo más normal del mundo, se dispusieron a marcharse de la casa. Debía de ser esa la costumbre. Pero no dejaba de constituir una costumbre bárbara y salvaje. Los compañeros de Blajsky parecían molestos, como si la muerte fuera un contratiempo indeseado que trastocaba sus planes, como si les ofendiera la inoportunidad del caso. Y, en vez de cuidarlo, como habría hecho cualquier humano con un ser querido, lo abandonaron. Al menos no lo echaron a la calle ni lo llevaron a un asilo. Aunque quizá esta última opción habría sido la menos mala. Fueron los demás los que se fueron y a Jonás, que contempló la escena con sus propios ojos, casi se le saltaban las lágrimas cuando oía a su amigo Blajsky disculparse ante los que eran sus hermanos y compañeros:

-No sabéis cuánto lo siento. Sé que soy muy inoportuno. Debí haberlo previsto. Haberme marchado lejos. Pero uno nunca sabe cuándo le va a tocar morirse.

A Jonás le emocionaba aquella entereza y se le revolvía el estómago ante el egoísmo de los demás Pwarkj. Por eso, y porque se consideraba un verdadero amigo de Blajsky, decidió permanecer a su lado hasta el final. Aunque nada sabía de las costumbres Pwarkj, ni nada conocía de su anatomía. Aunque no sabía cómo podría ayudar a su amigo o si le molestaría su compañía, decidió permanecer junto a él tratando de aliviarle en su dolor y servirle en lo que necesitara.

-Oh, mi querido Jonás. De verdad te aseguro que no hace falta. Te agradezco mucho lo que haces por mí –le decía el Pwarkj moribundo-, pero no sabes lo desagradable que será mi final. No tengo derecho a hacerte sufrir de este modo.

Jonás insistió con tal vehemencia que el pwarkjo terminó por aceptarlo a su lado, aunque no le parecía lo más correcto ni menos aún adecuado. Pero, tal como Jonás lo veía, no podía abandonarle ahora que la enfermedad comenzaba a causar estragos en su cuerpo: la coraza de nuez se ablandaba, sus ojos perdían el brillo, sus patitas diminutas se desprendían muertas. Se formaba un nudo en la garganta del humano al contemplar la ruina progresiva del amigo.

-No entiendo cómo es posible que todos esos seres que decían amarte te puedan abandonar de este modo –le decía Jonás.

-Tú no comprendes. Ellos me quieren. Se van, precisamente, porque no podrían soportar mi muerte. Es algo muy desagradable. Mi muerte es muy inoportuna y, conforme se aproxime, mi compañía se hará insoportable.

Era imposible razonar con Blajsky acerca de aquel asunto. Él justificaba a todos los Pwarkj que se alejaban y lo abandonaban a su suerte, desentendiéndose de él como si fuera un zapato viejo que se tira a la basura sin reciclar.

Blajsky cada vez se mostraba más pasivo. Ya no comía ni bebía. Apenas si hablaba. Su cubierta coriácea había perdido el color y la consistencia. Parecía una especie de gelatina. Sus ojos no veían. Su mente estaba confusa. Y un hedor nauseabundo, típico de la muerte y la descomposición en ciernes, rodeaba al moribundo.

-Es el final –dijo Blajsky con un hilo de voz-. Perdóname. Perdonadme todos por morirme de este modo. Yo no quería causaros este problema.

Jonás no podía dejar de llorar. Tanto por la emoción como por el olor que, poco a poco, se tornaba insoportable. Llegó un momento en que el extraterrestre se convirtió en un guiñapo envuelto en su blanda costra. Vaharadas de fetidez indescriptible ascendían de aquellos restos. El humo escapaba en pequeñas nubes pardas acompañado de un ruido ronco y desagradable, como si burbujas de gas estallasen en el destrozado cuerpo de su amigo. Un charco oscuro, formado por innombrables humores, rezumaba en la base de aquello, tan pestilente como todo lo demás. Y Jonás no pudo permanecer por más tiempo a su lado. Entendió que era por aquello por lo que el bueno de Blajsky se disculpaba. Quizá era esa la razón de la cobarde huida de sus hermanos. Egoístas sin corazón. Jonás, sabiendo que Blajsky había muerto, se marchó de su lado con el alma en un puño y avergonzado por no poder soportar aquel aroma.

Pero no quería que todo terminase así. Llamó a uno de los hermanos de Blajsky, un tal Pufuf con el que el fallecido mantenía una buena relación antes del abandono. Sintió deseos de afearle su conducta, pero se limitó a decir que Blajsky acababa de morir, a lo que el otro respondió, con suma tranquilidad, que era lo normal en estos casos. Y luego, cuando Jonás preguntó qué debía hacerse con el cuerpo, si lo retirarían, si lo enterrarían o lo incinerarían, Pufuf, después de un instante de duda y lo que pareció a Jonás una risa Pwarkj, le dijo, con toda naturalidad:

-No sé a qué te refieres. El cadáver se quedará allí como siempre se ha hecho.

Jonás, indignado, cortó la comunicación. Tuvo que morderse la lengua para no soltar cuatro frescas. Eran unos salvajes, de acuerdo. Pero aquel era su mundo y esas sus costumbres. Él no tenía nada que decir. Simplemente condenó moralmente todo aquello y colocó a los Pwarkj en lo más bajo de su escala de civilizaciones.

Como, pese a todo, era un tipo práctico, decidió no abandonar Envelés inmediatamente. Su cliente en Balbalik le iba a proporcionar un cargamento de litio para la poderosa industria de los kaaskas. El

negocio era el negocio, así que, después de la frustrante experiencia, bien estaba obtener algún beneficio que compensara la pena y el tiempo perdido.

Por eso permaneció entre aquellos odiosos Pwarkj durante un par de semanas más. Pero su relación con ellos era la mínima imprescindible.

Supo por Pufuf que no habría funeral ni nada que se le pareciese. Había indicado, extrañado por su insistencia, que no era la costumbre, como si estuviera proponiendo algo aberrante. Ni siquiera rezaron por él, aunque Jonás sabía que entre ellos existían muchas formas de misticismo. Como sabía que no habían recogido el cadáver, Jonás tuvo los arrestos suficientes como para visitar la casa de su amigo una vez más. Se colocó una máscara antigás y un mono de plástico. La ropa que llevaba mientras lo cuidó había quedado tan impregnada del hedor que ya no se la pudo volver a poner. En esta ocasión comprobó que nadie había visitado a Blajsky. Su cadáver permanecía en el suelo tal y como lo había dejado. La coraza se había ennegrecido y había recuperado su dureza. Ya no brotaban nubes de fetidez ni sonaba ruido alguno. Nada quedaba del charco negro que se había formado en el suelo. Era inútil permanecer allí. Aunque tuvo tentaciones de enterrar aquellos restos, prefirió dejarlo todo como estaba. Al fin y al cabo el propio Blajsky se había plegado a las costumbres de los suyos.

Jonás ya no viajó más por Envelés. Ni asistió a reuniones sociales, ni escuchó tertulias entre pwarkjos. Sólo la víspera de su partida, decidió volver a casa de Blajsky. Quizá con la única intención de despedirse de los restos del amigo. Si hubiera tenido flores las habría llevado consigo para depositarlas sobre el cadáver.

Su sorpresa fue mayúscula cuando, a la entrada de la casa, se encontró con Pufuf y un pwarkjo llamado Albst que vivía con él y sus hermanos. Así pues, habían regresado al hogar. Jonás se preguntó qué habría sido de Blajsky.

-Hola, Jonás –le dijo amablemente-. Me alegra mucho que hayas venido antes de irte. Veo que te has enterado.

Jonás no sabía de qué tenía que enterarse. Desde luego poco le importaba que hubieran vuelto por allí. Se limitó a devolver el saludo

y entró a la casa. Se fue directo al lugar donde antes reposara el cadáver de Blajsky y se encontró, tan sólo, con la carcasa de su amigo vacía. Debía de ser lo único que quedaba de él una vez que la descomposición había llegado a su término.

-¡Qué alegría, Jonás! –escuchó el transportista a través de su traductora.

Cuando se volvió hacia el origen de aquella voz, se encontró con un pwarkjo diminuto que se arrastraba ante él e intentaba tocarlo con sus tentáculos. Jonás hizo ademán de apartarse, no deseando efusividades con Pwarkjs extraños.

-¿No me reconoces? Soy yo, tu amigo Blajsky. Ya ha terminado todo. ¡Por fin he vuelto a la vida! Me alegro de que todavía estés por aquí. Así podremos despedirnos como la ocasión se merece.

A Jonás se le puso cara de idiota y su mandíbula inferior descendió varios centímetros desde su posición original. Se sintió torpe, estúpido, confundido. Realmente no sabía cómo se sentía.

-No sabes cuánto lamento que haya sucedido esto durante tu visita –prosiguió el nuevo Blajsky-. ¡Qué inoportuno! Te dejé sin guía y te maltraté con las incomodidades de mi descomposición. ¿Podrás perdonarme?

-Cla… claro, cómo no. Yo también me alegro mucho de verte –articuló Jonás, tratando de responder al abrazo tentacular de su amigo sin parecer demasiado forzado.

Así que los Pwarkj no se morían del todo. Su concepto de muerte era distinto al humano. Su muerte era provisional. Un intermedio para regenerarse, para renacer más joven y activo. Por eso sus disculpas, por eso la indolencia de sus hermanos y amigos. Jonás se sintió torpe, tonto y miserable. No se le ocurrió comentar con Blajsky sus pensamientos e impresiones de las últimas semanas posteriores a su momentánea muerte. Tampoco se le ocurrió confesarle que para los humanos la muerte era mucho peor: terrible y definitiva, sinónimo de dejar de existir. Ya no se planteó si la civilización Pwarkj era moralmente avanzada. Por su mente sólo pasaba el triste pensamiento de su propia contingencia, de que él moriría un día sin más. Y se puso repentinamente triste. Lloró desconsolado, y mintió explicando que era por la alegría del momento. Se despidió en

los mejores términos de su amigo y prometió mantener el contacto en la medida de lo posible.

Jonás montó en su nave con su cargamento y trató de pasar página sobre aquel triste asunto. Pero no pudo. La idea de que los Pwarkj eran, en el simple sentido de su permanencia, superiores a los humanos, lo persiguió durante todo el viaje y aun meses después.

El viaje fue rentable. Y la visita instructiva. Demasiado instructiva. Jonás cumplió, por el momento, con su palabra de mantener el contacto con Blajsky. Los mensajes de los dos amigos, comentando vaguedades sin importancia y transmitiendo simple afecto, se sucedieron, aunque cada vez más espaciados. Era por culpa de Jonás. Incluso esos mensajes entristecían al transportista. Porque le hacían recordar que un día moriría. Y sabía, o al menos sospechaba, que en el futuro Blajsky pensaría que su amigo de la Tierra se había olvidado por completo de él porque transcurrían años, muertes y resurrecciones, sin recibir noticias suyas. Él nada tenía que saber acerca de las incomodidades que la muerte causaba a los terrícolas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA DEFENSA PROPIA

Después de todas las películas yanquis que nos hemos tragado, de sobra sabemos lo que es la defensa propia, por lo menos lo más elemental de la defensa propia. Cuando por defender nuestra vida, acabamos con la vida de nuestro agresor.

En esta categoría también se incluye la defensa de nuestros bienes y propiedades, teniendo lógicamente que realizar un daño proporcional al daño que nos querían causar.

No sería defensa propia el hecho de matar a una persona cuando por el método del tirón se lleva nuestro bolso y nosotros en respuesta a esta acción delictiva, sacamos la recortada y mientras sale huyendo le metemos unas postas por la espalda, dejándolo muerto o moribundo en el suelo. Normalmente esto es lo que nos meten en las películas, llamándolo defensa propia, cuando en realidad tiene otro nombre.

También se ejercita la defensa propia cuando se interviene para defender la vida o los bienes de un tercero, pero teniendo siempre en cuenta, que la respuesta que se dé, ha de ser proporcional, al valor de lo que se defiende.

Para defender un valor como es la vida, se puede cometer un hurto que nos salve la vida, o destrozar una puerta para salvar una vida.

Es lógico que los legisladores no penalicen el daño causado por la defensa propia, cuando esta acción respeta el principio de proporcionalidad, por ser una respuesta instintiva, no la podemos controlar de una manera consciente, a no ser que hayamos pasado por un entrenamiento especial y la mayoría de los ciudadanos somos normales y no nos sometemos a entrenamientos especiales tipo Rambo. Cuando nos sentimos muy amenazados, el tálamo manda un mensaje urgente a la amígdala, que se encarga de activar una respuesta inmediata, ya sea huyendo del peligro, o enfrentándose al mismo. En este tipo de respuestas, la información no pasa por el córtex, no siendo analizada conscientemente por nuestro cerebro.

La explicación médica del párrafo superior es bastante reciente, por lo cual tenemos que deducir que los legisladores no pudieron basar su posicionamiento de la legítima defensa en el mismo. Lo curioso del tema es que sin tener una base médica o psicológica, la ciencia les dé la razón por legislar como legislaron.

Para resumir y poder centrar el tema, deducimos que la legitima defensa, es una respuesta que nos salvará la vida en situaciones de peligro.

Me gustaría trasladarme a la Rusia en 1.905. Creo recordar que frente al palacio de invierno del zar Nicolás II, se celebró una manifestación del pueblo de San Petersburgo, reclamando comida. En respuesta a esta petición de su pueblo, el Romanov gobernante, ordeno la disolución de la manifestación repartiendo entre los manifestantes plomo, que lógicamente no calmo su hambre pero sí las ganas que tenían de pedir comida pacíficamente. Años después y en esta misma ciudad, el plomo se lo comió Nicolás II y se murió de empacho.

Teniendo en cuenta que la comida es una de las necesidades básicas para nuestra supervivencia, los manifestantes de 1.905

actuaban en su legítimo derecho al reclamar comida para evitar morir de inanición. La respuesta de los gobernantes fue desproporcionada y brutal, alcanzaron los objetivos que deseaban a un precio que ellos no tenían que pagar. Pasaron 12 años antes de que pagasen su deuda.

Hechos como este fueron los desencadenantes de la revolución bolchevique de 1.917. A los Romanov y al resto de la clase dirigente rusa les costo la vida su actitud ante las peticiones de su pueblo de comida y mejores condiciones de vida.

¿Se puede decir que el pueblo ruso actuó en LEGÍTIMA DEFENSA cuando realizó la revolución de octubre? Personalmente considero que sí. Sin una actitud revolucionaria, el pueblo ruso, hubiese seguido muriendo de hambre en su patria y en las trincheras de la primera guerra mundial.

El gobierno imperial no consideraba las peticiones de comida de sus ciudadanos como un hecho relevante, por eso su actitud represora ante las manifestaciones pacíficas. La única respuesta que le quedó al pueblo ruso, fue la subversiva y la revolucionaria.

Patxi López

VERGÜENZA

Lo confieso. Me avergüenzo de mi melancolía. Porque otros tienen mayores razones que yo para la tristeza. Porque confesarme triste es confesarme derrotado. Es confesarme débil. Porque no encuentro razones para esta tristeza y lo que no es lógico no merece ser real. Lo confieso. Me parece más real, por lógica, mi vergüenza que mi onírica melancolía. Pero, irracionalmente, me siento incapaz de escapar de esta dolorosa prisión de sentimientos que anida en mi memoria. Acaso sea yo menos real que estos recuerdos. Si soy mis recuerdos y mi tristeza, aún soy

El temible burlón

AÑORANZA

Cuando, finalmente, he comprendido y aceptado que mi Crescencia del alma no me ama. Cuando todo en mi vida se vuelve

oscuro y frágil. Cuando nada en el presente parece anunciar la mejoría futura. Cuando todo va mal, me refugio en un tiempo pasado más hermoso. Me refugio en la memoria de aquella infancia feliz en la que todo era de lindos colores.

Recuerdo con añoranza el tiempo de mi niñez. Nunca fui tan feliz como entonces. Recuerdo a mi señora mamá, doña Nicolasa, que siempre se desvivía por satisfacer los más pequeños deseos del primogénito de la casa (años antes de que llegase la pérfida Euforita para convertirse en desagradecida benjamina). Recuerdo a mi mamá enseñándome a leer en la cartilla y en la Biblia de la casa. Recuerdo aquellas meriendas de té con pastas y deliciosas rebanadas de nocilla con chorizo en casa de mi admirado Gazpachito. Me acuerdo de los dulces juegos con mamá: las confesiones pastorales, vamos a contar verdades y, mi preferido, el misionero mártir. Nunca olvidaré las lecturas infantiles: esas vidas de santos, esos preciosos libritos del buen hijo y el infante respetuoso. Mis cuadernos de "Flechas y Pelayos". Las divertidas y edificantes aventuras del guerrero del antifaz, mi héroe por antonomasia. Aquella distracción entre los áridos estudios de frenología a los que me sometía el señor Grogrenko y las lecturas poéticas sentado en el regazo de mamá.

Y jamás olvidaré mi mayor travesura. Aquel día en que, contraviniendo los deseos de mi señora mamá, me empeciné en salir a pedir limosnas para los pobres en los barrios más miserables de la ciudad. Cuando volví, sucio y contaminado, mamá no me regañó. Se limitó a lavarme de la cabeza a los pies y luego me obligó a una confesión y un acto de severa contrición y ruegos a Nuestro Señor.

Ni olvidaré aquel sueño infantil de convertirme en un moderno guerrero del antifaz. Incluso me hice un disfraz muy a propósito. De mayor quería ser héroe. Un héroe cristiano y misionero que se encargaría de evangelizar, como el otro combatía con impíos e infieles, a los rusos ateos de la Unión Soviética y, si no se dejaban, castigarlos con mi flamígera espada para así arrojarlos al abismo infernal al que correspondían.

¡Qué candor! ¡Qué inocencia la mía! ¡Qué tiempos dulces y amables!

¿Por qué pasarían? ¿Por qué dejarían paso a esta vida actual tan triste?

Hubo de llegar mi hermana Euforia. Hubimos de crecer todos. Tuvo que convertirse Euforita en niña rebelde y oveja negra de la familia. Tuve yo que enemistarme con Gazpachito, el ídolo de mi juventud. Tuvo que rechazarme Crescencia, el amor de mi vida. Y yo, sumido en desesperación, sólo hallo consuelo recordando aquellas tardes de pan con nocilla y chorizo leyendo las aventuras del guerrero y soñándome aventurero, misionero y mártir.

Narciso de Lego

DESCUBRIMIENTO DE REYES

Esa tarde, Lucía y Marcos estaban muy contentos. Los dos hermanos se habían pasado casi toda la tarde jugando con los bloques de construcción que la tía Eloísa regaló a Marcos cuando cumplió cinco años. Ahora como ya tenía siete años, Marcos prefería jugar con los coches de latón o el tren eléctrico que el pasado año él y su papá habían construido. Pero esa tarde Marcos quería ser responsable y cuidar de su hermanita Lucía hasta que sus padres vinieran a recogerlos para llevarles a ver la cabalgata. Sí, esa tarde Lucía y Marcos irían a ver cómo los Reyes Magos llegaban a su pueblo con los camellos y las grandes alforjas cargadas de todos los juguetes imaginables. Para Lucía, conocer a los tres Reyes Magos que esa misma noche dejarían los deseados juguetes junto a sus zapatos rojos era todo un acontecimiento. Había anhelado ese momento durante toda la semana y casi ni tiempo había tenido para pensar en otra cosa porque, en el colegio, ella y el resto de los niños de tres años, vivieron una semana muy intensa aprendiendo muchas cosas acerca del significado de la Navidad, acerca de quiénes son y por qué nos visitan los Reyes cada año...

Además Marcos también le había explicado varias veces cómo eran los Reyes y cómo se llamaba cada uno de ellos, y hasta tenía una lista de los juguetes que su hermana podía pedir, porque, como él decía, "los Reyes vienen de muy lejos y no se les pueden pedir juguetes muy pesados porque los camellos se cansarían demasiado." Pero a Lucía

ese año no le interesaban los juguetes que le pudiesen traer. A Lucía lo que realmente le fascinaba era la idea de poder verlos de cerca y tocar, aunque sólo fuese por una vez, esa larga barba que Marcos le había dicho que tenían dos de los Reyes de cuyos nombres nunca conseguía acordarse.

Al caer la tarde cuando empezaban a encenderse las primeras farolas del pueblo, los padres de Lucía y Marcos llegaron a recogerles. La abuela Angelita, una mujer vieja y arrugada que solía hacer calceta junto al brasero, les había dado de merendar y aunque Lucía se había manchado de miel y no podría llevar su abrigo preferido (uno rojo con lazos de raso azul celeste), se sentía muy ilusionada y tan nerviosa como el primer día que fue al colegio.

El frío húmedo e intenso de la noche hizo que la familia aligerase el paso hacia la Calle Mayor. Mamá puso a Lucía unos preciosos guantes verdes con dibujos de focas que Marcos siempre llevaba a clase los días de invierno. Para Lucía eran también algo nuevo, ya que hasta ahora había tenido que llevar unas manoplas grises que ella consideraba bastante feas y que además no le permitían manejar las cosas con comodidad. Al llegar a la plaza les fue imposible cruzarla para entrar en la Calle Mayor. Había muchísima gente y Lucía pensó que aquello parecía un rebaño de chimeneas andantes, porque las personas al respirar, echaban bocanadas de vaho que ella llamaba humo caliente. El papá, viendo que iba a ser imposible pasar por entre aquella muchedumbre, hizo un comentario que cambió repentinamente la sonrisa de Lucía: "creo que tendremos que verlos desde aquí. Hay demasiada gente... sería un triunfo cruzar la plaza sin morir en el intento. Lástima que no hayamos podido llegar antes. El próximo año los veremos mejor, ¿de acuerdo Lucía?".

A Lucía se le vino el mundo encima y sus ojos se inundaron de lágrimas. Sus ganas de llorar se acrecentaron aún más al saber que había perdido uno de los guantes de Marcos; ahora sólo tenía focas en su mano izquierda y sabía que a mamá eso no le haría ninguna gracia. Lucía comenzó a pensar que hubiera sido mejor quedarse en casa, junto a la abuela Angelita. "Al menos allí estaría calentita", pensó.

Una lágrima fría como el aire de la noche recorrió sus sonrosadas mejillas. Entonces papá que, como siempre conseguía

adivinar todo lo que Lucía sentía en cualquier momento, tuvo una brillante idea "anda Lucía, sube a mis hombros. Desde aquí verás mejor que nadie a los Reyes y seguro que si ellos te ven se acercarán a saludarte". Lucía no creyó esta vez demasiado en las palabras de su padre, pero convencida de que cualquier cosa sería mejor que estar allá abajo viendo los tacones y bolsos de las señoras, se agarró con fuerza a la espalda de papá y de un brinco se sentó sobre sus anchos hombros. ¡Vaya que si se veía bien desde allá arriba!. ¡Sin duda mejor que nadie!. Lucía volvió a sentirse muy feliz y olvidó incluso que su mano derecha estaba enrojeciendo rápidamente como consecuencia del frío viento.

De repente, las luces, de la plaza se apagaron y la gente comenzó a hablar más alto y más deprisa arremolinándose hacia el centro, igual que cuando la señorita Hortensia daba globos en gimnasia para todos los niños de la clase. Lucía presentía que aquella noche iba a descubrir algo muy especial.

La cabalgata comenzó a entrar en la plaza. Miles de bombillas de colores y telas de vistosos e intensas brillos adornaban las carrozas. Éstas iban presididas por enanitos con grandes sombreros multicolores y cascabeles cosidos a enormes pespuntes de lana. Y detrás de estos enanitos que papá llamó pajes, estaban... ¡los tres Reyes Magos!. Por supuesto, venían cada uno en su camello. Marcos había comentado a Lucía que siempre venían en el mismo orden: primero el de la barba roja, luego el de la barba blanca y finalmente el rey negro. De este último era siempre del único que Lucía recordaba el nombre: Baltasar.

Al llegar al centro de la plaza del pueblo, los Reyes bajaron de sus respectivos camellos. Aunque los tres estaban muy engalanados y llevaban grandes alforjas bordadas sobre sus lomos, Lucía reconoció enseguida que el "camello" de Baltasar era en realidad la mula del tío Basilio. No le importó demasiado porque pensó que el verdadero camello se había quedado descansando en la cuadra tras el largo camino que habría tenido que recorrer para llegar hasta allí. Además, lo importante era que estaba viendo a los Reyes perfectamente. La verdad es que desde los hombros de papá podía verlo todo: el letrero de la tiendo del Sr. Pedro, el balcón de la casa de su amiguita Laura,

las cabezas de toda aquella gente... Y si miraba hacia arriba a Lucía le parecía que podía tocar las estrellas con la puntita de sus dedos.

Enseguida su mirada se volvió a dirigir hacia donde estaban los Reyes Magos. Lo que más llamaba la atención a Lucía era la hermosa barba pelirroja de uno de los Reyes. Lucía preguntó a papá cómo se llamaba aquél Rey: "Gaspar, se llama Gaspar", contestó el padre muy solemnemente.

"Como me gustaría poder tocar la barba de Gaspar", pensó entonces Lucía. Y fue exactamente cuando estaba pensando aquello, cuando vio que Gaspar se dirigía hacia ella con una amplia sonrisa en la boca y un pequeño libro entre sus manos. Lucía se sintió entonces enormemente feliz, sobre todo cuando papá le dijo entusiasmado: "viene a saludarte Lucía... Gaspar viene a saludarte. Baja y dale un beso".

Lucía bajó rápidamente de la espalda de su papá, de pronto, casi sin darse cuenta, sintió que los brazos del Rey Gaspar la elevaban con fuerza otra vez hacia lo alto.

El Rey la besó en la mejilla y sin perder esa sonrisa que dejaba ver entre su abundante barba dijo a Lucía: "¿Ves este libro, pequeña?. En él están las respuestas a todas las preguntas que puedan hacerme todos los niños del mundo. Seguro que hay algo que deseas saber. Pregúntamelo y juntos buscaremos la respuesta en el libro".

Lucía se quedó sin saber qué decir. Estaba tan entusiasmada que no se le ocurría nada que preguntar, así es que lo único que dijo fue: "me gustaría tocar tu barba". "Adelante", contestó tras una larga risotada Gaspar.

Lucía tocó con mucho cuidado aquella larga barba de color rojizo y mientras lo hacía pensaba qué podría preguntarle a un Rey. Por supuesto, estaba segura de que debía preguntarle algo importante. Pero en esos momentos no se le ocurría nada y comenzó a sentir un calor muy fuerte en su rostro: estaba sintiendo vergüenza. Sí, sí, era la misma sensación que cuando mamá la llevaba al médico y este le hacía muchas preguntas seguidas. Y entonces... entonces ocurrió que sus manos, que seguían tocando con cariño la barba del Rey, se encontraron con algo extraño en el cuello de Gaspar. Era un pequeño bultito que Lucía pudo agarrar entre sus dedos menudos y fríos. Era la

primera vez que veía algo así en el cuello de una persona. Supo entonces cual sería su pregunta:

-Gaspar -dijo Lucía- ya sé qué quiero preguntarte. ¿Qué es esto que tienes aquí?

-Una verruga cariño -contestó el Rey abriendo mucho los ojos.

-¿Y qué es una verruga? -preguntó intrigada Lucía.

El Rey levantó las cejas como un benévolo enano de cuento de hadas y dijo:

-Bueno, eso es algo que debemos consultar en el libro. Veamos...

La verdad es que Gaspar tardó un poquito en encontrar la respuesta en aquel libro.

-Verás Lucía, una verruga es... una verruga es, como los globos. Los globos tienen una boquilla para inflarlos; luego se hace un nudo con ella y así no se deshinchan. Pues lo mismo para las personas: El cuerpo de cada uno de nosotros es un gran globo que se hincha y las verrugas son los bultitos que quedan después de cerrarnos con un nudito.

-¡Ah. claro! -contestó Lucía mientras pensaba en lo que le había dicho el Rey. Entonces, ¿todos tenemos verrugas?

-Bueno,... sí, lo que ocurre es que no todos las tenemos en el mismo sitio. Además algunas veces el nudo queda tan bien hecho que casi no se nota. Entonces lo llamamos ombligo. Seguro que tu tienes uno ahí en la barriguita, ¿verdad?

-Sí, creo que sí- contestó Lucía con cara de sorpresa.

-Estoy seguro de que sí. Anda dame un beso, Lucía. Debo marcharme.

Y Gaspar, siempre sonriente, se dio la vuelta y muy despacio, como si tuviera miedo a tropezar, se fue hacia el centro de la plaza.

-¡Gaspar, Gaspar! -gritó muy fuerte Lucía. El rey se dio media vuelta y la miró muy atentamente. Lucía entonces dijo en voz muy alta:

-Claro; por eso la abuelita se va haciendo cada vez más pequeña y está tan arrugadita, porque se le va escapando el aire como a los globos, ¿verdad?.

-Así es hija, así es -dijo muy serio Gaspar.

Y Lucía esa noche se fue muy orgullosa de haber aprendido algo tan importante como aquello. Había sido un gran... descubrimiento de Reyes.

Pipiola

LA FELICIDAD

Son muchos los que piensan que no estamos hechos para la felicidad. Que, aunque aspiramos a ella, no podemos mantenerla durante mucho tiempo. Ni podríamos soportarlo. Que quizá los hombres aspiramos a esa felicidad porque estamos genéticamente programados para una búsqueda que nos vuelve activos y nos obliga al esfuerzo. Pero que el objetivo no es hallar la felicidad, sino permanecer en el camino, permanecer activos.

Es difícil afirmar si esto es cierto o no. No es cosa que pueda comprobarse. Y es bien sabido que las aseveraciones tajantes rara vez incluyen a toda la humanidad, tan diversa como es.

Pero sí que es cierto que hay personas que, por su carácter, parecen encuadrarse perfectamente en la categoría de los que afirman querer ser felices pero no lo desean en absoluto. Parecen estar hechos para la tristeza, aunque desean la felicidad. Hay pesimistas que nunca intentarán ver el lado positivo de la vida. Hay quien se regodea en sus desgracias y parece que nunca encontrará conversación más agradable que la que incluye el relato de sus penas y las ajenas. Hay gente que, más conformista, decide que no merece la pena buscar una felicidad que considera imposible. Hay quien se felicita de que los momentos de máxima alegría sean eso, breves instantes, porque, de otro modo, la felicidad, según ellos, los empacharía y se haría menos intensa. Y hay, en fin, algunas personas que, sin quererlo, sin darse cuenta de ello, malogran la felicidad alcanzada.

Ese fue el caso de nuestra protagonista. Se llamaba Engracia y una vez, conforme a la promesa encerrada en su nombre, fue feliz. Tan inmensamente feliz que le parecía un sueño. Con una felicidad que

no parecía tener fin. Tan feliz, en suma, que sintió pánico de su propia felicidad o, más bien, de la posibilidad de su pérdida.

Y fue entonces cuando Engracia encontró su infierno. También, con posterioridad, su purgatorio particular. Que si ya son horribles para quien viene de otro infierno u otro purgatorio, se convierten en más terribles aún para la persona que acaba de conocer el paraíso. Aunque está claro que también lo terrible resulta atractivo y sugerente para muchas personas.

Engracia no tenía graves problemas. Al contrario, su vida transcurría plácida y, a la vez, plagada de venturas. Engracia estaba felizmente casada. Tenía dos niños. Tenía familiares y amigos que la querían y con los que gozaba de momentos placenteros y apacibles. Realizaba un trabajo que le agradaba y para el que se había preparado durante varios años. Tenía una vida plena y en la que había cumplido todos sus objetivos. Como se suele decir en nuestros tiempos, bien estúpidamente por cierto, Engracia se había "realizado" profesional, personal, familiar y afectivamente. Y quizá esa era la raíz de todos los problemas que le sobrevinieron de una vez antes de que pudiera darse cuenta del cambio.

Engracia era feliz. Demasiado feliz. De un modo tan completo y contundente que en su vida no había espacio para nuevas expectativas ni para el cumplimiento de otros sueños que vinieran a colmar una felicidad ya de por sí completa y perfecta. Precisamente ese empacho de felicidad y la consecuente falta de aspiraciones fueron, según parece, las causas de todo el abatimiento posterior.

Porque Engracia, que ya no podía aspirar a nada que mejorase su existencia, cayó en una suerte de melancolía, una tristeza enfermiza provocada, primeramente, por el irracional temor a perder la felicidad y caer en la tristeza. De tal modo que, en un malabarismo de la lógica y la relación causa efecto, la tristeza precedió a la infelicidad y, sin razón, la sensación de ausencia a la supuesta pérdida de felicidad. De modo que, racional o irracionalmente, Engracia se vio sumida en la más profunda depresión y, provocando a su alrededor, a partes iguales, la tristeza, la incredulidad y la incomprensión, pronto se deslizó hasta los confusos límites que separan la cordura y la locura.

Engracia se fue convirtiendo en una sombra de sí misma. Una sombra temerosa. Incapaz de disfrutar de la compañía de sus seres queridos. Incapaz de desarrollar cualquier actividad. Decía sentir miedo de perder toda aquella felicidad. Y tal pánico hacía que no quisiera disfrutar de la dicha del presente, intuyendo una pérdida que se produjo, precisamente, a partir de aquel temor. Porque Engracia se fue volviendo cada vez más callada. Poco a poco cambió la sonrisa permanente por la tristeza. Su carácter se hizo melancólico; su presencia de ánimo vulnerable a cualquier cambio. Se tornó arisca y huraña.

No era necesario que nadie le hiciera notar su caída. Ella era bien consciente de la mutación en su espíritu. Pero sólo cuando su marido, sus hijos, sus familiares y amigos, le confesaron sus temores, ella misma comenzó a ser consciente de que su nuevo estado de ánimo no era normal ni razonable. De modo que, a sus irracionales preocupaciones anteriores, tuvo que añadir la más lógica acerca de su salud mental, que todos sentían en peligro.

Por eso mismo no puso ninguna objeción cuando le propusieron visitar al psiquiatra, pensando que una persona tan feliz como ella sólo podía haber visto turbado su ánimo por causas orgánicas que encontrarían reparación en el tratamiento con la adecuada medicación. El psiquiatra diagnosticó depresión. Pero, junto con medicinas que no tuvieron mayor efecto, también aconsejó que Engracia acudiera a un psicólogo, intuyendo que no todo podía arreglarse con medicamentos.

Nada de aquello pareció servir para curar a Engracia de su melancolía. Y era aún peor cuando todos a su alrededor le recordaban su maravillosa existencia anterior para animarla a su recuperación. Tenía una maravillosa familia por la que salir a flote. Debía recordar los tiempos felices, tan presentes en su imaginación. Y ella sabía que era cierto. E intuía que no tenía razones para ensimismarse de aquel modo. Como no las hubo para sus temores anteriores ni para caer en la depresión. Pero ese pensamiento, junto con el deseo de recuperar la felicidad perdida, sólo le servía para sentirse más triste. Triste y estúpida, por haber malogrado su feliz existencia. Y, a la vez, incapaz de salir de aquella depresión que tan bien había autoalimentado.

Los medicamentos no parecían servir. Tampoco las terapias de grupo ni las entrevistas con el psiquiatra. Ni el amor y el apoyo de su familia, cuya felicidad, junto con la suya propia, sentía haber destruido tontamente.

Un día el psiquiatra aconsejó su ingreso en una clínica. Ya no se hablaba de manicomio para estos casos aunque, en realidad, de eso se trataba. Se pretendía intentar una cura de reposo en un lugar tranquilo y aislado. Pero a Engracia no se le escapaba que su crisis se había agudizado y que, tan estúpidamente como había empezado con todo aquello, ahora había dado en pensar que su existencia era inútil y que, quizá, no merecía vivir. Como tampoco merecía la felicidad perdida. Quizá fue debido a esos pensamientos autodestructivos por lo que se aconsejó su ingreso. Engracia no se negó, ni su familia, que sólo deseaba lo mejor para ella, aunque cada vez confiaba menos en su pronta recuperación. Quizá fue por eso, pero también tuvo que ver en el ingreso la necesidad de incrementar la medicación y tratar de vencer las cada vez más frecuentes crisis psicóticas en que caía la paciente. Unas crisis en las que la asaltaban las visiones, en que perdía el sentido de sí misma y tan pronto reía como lloraba, decía oír voces o iniciaba los movimientos repetitivos, espasmódicos y monótonos propios del autista.

-No sé qué hacer con su mujer –le confesó un día el psiquiatra, desesperado, al no menos desesperado marido de Engracia.

Y el marido comprendía al médico. Porque sabía que nadie podía ayudar a su mujer salvo ella misma. Porque si ella no intentaba salir de su pozo, nadie podría ayudarla. ¿Acaso no se lo había dado todo y no había servido de nada?

La paciente, poco a poco, había llegado a enloquecer. Se estaba convirtiendo en un vegetal babeante e histérico con quien cada vez resultaba más difícil razonar o siquiera dialogar. Ella, que nunca había comprendido lo que era un tonto de baba, se había convertido en uno de ellos y sus luces confundidas no alcanzaban ni para darse cuenta de su situación. Engracia había tocado fondo y había alcanzado un estado tan miserable que causaba lástima verla. Tanta como sorpresa y admiración comprobar cuán tontamente se puede pasar de la más completa felicidad a la más patética de las existencias.

Engracia podía haber permanecido indefinidamente en ese estado inconsciente y vegetativo. Pero no fue así. En uno de sus escasos momentos de lucidez, justo después de una crisis histérica en la que no dejó de llorar y gritar, se dio cuenta de lo bajo que había caído. Se dio cuenta de que había perdido su vida por completo y debía luchar por recuperar su existencia anterior.

Este deseo surgido en su atormentada imaginación le sirvió como agarradero para alcanzar la cordura. Por sutil que fuera la esperanza, aquella momentánea consciencia sirvió de punto de inflexión para su vida. Si su felicidad se había perdido por la falta de alicientes, ahora era suficiente motivación la de buscar salida a su locura. Y fue con tan tenues mimbres con los que Engracia inició su trabajosa recuperación.

No fue instantánea ni sencilla. Engracia tuvo que recuperar una a una sus facultades, paso a paso cada parcela de su mente y de su memoria. Tuvo que reconstruir su personalidad y huir del cómodo deseo de dejarse arrastrar al pozo de la inconsciencia cuando la desesperación la amenazaba de nuevo. Pero en esta ocasión sí fue fuerte. La ayudaron a ello sus familiares y amigos, tan esperanzados como ella por su inesperada evolución. También su propia tozudez porque, ahora que se había decidido a superar la depresión, le asustaba más la recaída que el esfuerzo de la recuperación.

Poco a poco Engracia pudo volver a su ser, recuperarse a sí misma. Recuperar también, en cierta medida, su antigua vida. Aunque no por completo, puesto que ya no pudo aspirar a la felicidad absoluta del pasado. Aquella felicidad era fruto de la inconsciencia, del azar y de la despreocupación. Ahora, tras haber conocido su propia ruina, ya no podía afrontar de igual modo la existencia. Una persona atormentada no puede aspirar a la felicidad absoluta. Aunque tampoco se lo planteaba. A Engracia le bastaba, como a cada cual, con vislumbrar breves sombras de felicidad, momentáneas y sutiles, con arrastrar una existencia cómoda y sencilla.

Tampoco pudo devolver a los suyos aquella completa felicidad que ahora sólo parecía soñada, una broma de la memoria. Una memoria en la que permanecía inexorable el recuerdo del pozo, como una pesadilla amenazante, que también impedía confiarse en el futuro y

pensar en felicidades venideras. El temor de volver al pozo impedía la felicidad pero, igualmente, suponía una ligazón con la realidad, un aviso para no dejarse arrastrar nuevamente a la depresión.

Engracia ya no pudo ser completamente feliz. Se convirtió en una persona como cada cual, con sus tristezas y alegrías, con sus miedos y pavores, con sus necesidades de afecto y ánimo. Con recuerdos y esperanzas. Insatisfecha con su vida, porque no es saludable conformarse. Porque, quizá, no estamos hechos para la felicidad.

Juan Luis Monedero Rodrigo

MELANCOLÍA

Se suele decir que está en estado melancólico aquella persona que tiene conductas de ensoñación, de pensamientos sobre hechos pasados de "cualquier tiempo pasado fue mejor" o a la "búsqueda del tiempo perdido"

Las características físicas del melancólico podrían ser entre otras aspecto triste, abatimiento, tono muscular flojo, etc. Porque lo que cultiva fundamentalmente es el pensamiento. Vive en una irrealidad permanente y esto le influye en su vida cotidiana

Desde el punto de vista patológico (vs. psicología) es una persona propensa a la depresión porque se deja arrastrar por su estado de ánimo pesimista.

Hay famosos melancólicos como Proust, cuyo libro "A la búsqueda del tiempo perdido" recomiendo a aquellos que no se hayan sentido mal en algún momento determinado, porque refleja de un modo claro las características y situaciones del melancólico, claro que él supo sacar partido a su tristeza, y además sabía expresarla muy bien. Habla de sus sentimientos, de sus amores y desamores, el lugar apropiado donde suele aparecer la melancolía: amores perdidos, situaciones desaprovechadas. Etc.

Los melancólicos: aunque no estén bien vistos son personas de fiar, porque son fieles a algo que les importa: el amor perdido, la adolescencia y los camaradas de esa época. Son capaces de sufrir por ello incluso; esto hoy día donde las cosas duran lo que duran: un

suspiro, habría que valorarlo. Porque pasar de la melancolía (pensamiento reiterativo sobre el pasado) a la astenia o apatía no creo que sea muy positivo para el ser humano. Como seres humanos debemos "sentir" y esto como no da prestigio, no se dice o no se hace, sino que da la impresión que lo que se estila hoy día es fastidiar al "otro".

También hay melancólicos de la política, que suspiran por otros tiempos en que "esto no pasaba" y en "mi época no se toleraba este desmadre", claro que estas confesiones se hacen en círculos muy íntimos porque estos melancólicos del poder están tan bien situados ahora, por expresar ideas diferentes a las que tienen en el fondo de su corazón y no pueden permitirse perder electorado y son capaces de todo aparentando que son demócratas, cuando realmente sienten otras inquietudes.

Melancolía sentimos alguna vez cuando enfrentados a la vorágine (menuda palabrita) del trabajo y del día a día monótono y poco creativo nos acordamos de nuestros tiempos de estudiante en el que teníamos tantas ilusiones y tantos proyectos y la época de la Universidad sobre todo, en la que se planeaban tantas cosas, se hacían tantas actividades, formábamos grupos de camaradas que tenían un objetivo común y nos divertíamos tanto que las horas del día nos parecían insuficientes para poder llevar a cabo lo que queríamos.

Frente a la melancolía hay que hacer planes de futuro (que sean realistas), salir con los amigos y amigas, quedar con la familia a comer, apuntarse a cursos: "recuperación de aves rapaces", "danza del vientre", "yoga", etc. Hay un sinfín de posibilidades, y además de esto si organizamos una revista en internet (como ésta) que sirva para pasar un buen rato y expresar tus ideas, pues la batalla está ganada.

Un saludo optimista

Petra Salgado

LOS MIRMECÓFAGOS

Me han propuesto que hable de tristezas y melancolías. Voy a hacerlo, aunque mi carácter no es muy dado a esos estados de ánimo. Y tampoco voy a hablar de ellas en sentido abstracto sino que voy a contar una historia antigua.

Debe de ser un vicio común a todo el género humano el de buscar perfecciones donde no las hay y luego sentirse defraudado al comprobar la imperfecta realidad del mundo.

Un vicio antiguo e incurable. Como nos lo demuestra la historia.

Y la que hoy quiero contar se basa en un relato muy antiguo, extraído de la mitología clásica y que fue recuperado por un tal Diomedes de Agrigento, supuesto discípulo de Herodoto de Halicarnaso, que pasa por ser el primer antropólogo de la historia (es un decir) como su maestro fue el primer historiador (idem).

Es por eso por lo que, como homenaje a este pionero y aprovechando el tema de la revista, pretendo resumir a continuación la leyenda de los mirmecófagos que Diomedes dejó escrita para la posteridad.

Estos mirmecófagos o comedores de hormigas eran un pueblo aguerrido que, como tantos otros de la antigüedad y del presente, aspiraban a alcanzar la perfección. Parece ser que la colonia de los mirmecófagos fue fundada en la propia Laconia por los mismos espartanos que se otorgaron las rigurosas leyes de Licurgo. Unas normas tan severas que cualquier ley exigente promulgada desde entonces se llama espartana en su honor.

Aunque resulte sorprendente, las leyes espartanas no parecieron suficientes a sus descendientes mirmecófagos –cuya ciudad, según Diomedes, se llamaba Myrmex-, por lo que decidieron buscar unas leyes todavía más rígidas que convirtieran su sociedad en la más perfecta que el mundo hubiera conocido jamás. Sociedad tan perfecta no debió de tener mucho éxito, puesto que su ciudad desapareció en pocas generaciones y de ellos no nos ha llegado más que este relato y la leyenda de su existencia.

Entre estos superespartanos debió surgir alguno que se fijó en la perfección que, a su juicio, mostraban unas sociedades en

apariencia mucho más sencillas que las humanas. Se trataba de las sociedades de hormigas y, en general, de todos los insectos sociales con sus castas y comportamientos programados. Como a esta gente no debía de regirles muy bien la cabeza después de tanta severidad y disciplina, no tuvieron mejor idea que la de querer copiar el comportamiento de tan admirables bichitos. Así que, después de observar a las hormigas durante una buena temporada (con lo que inauguraron las investigaciones etológicas sistematizadas, aunque falta saber con qué precisión y objetividad) establecieron su programa de comportamientos y trataron de seguirlo a rajatabla. El caso es que las personas no son hormigas y, por más que lo intentaron, su ciudad de Myrmex no funcionaba con la precisión del hormiguero.

La consecuencia de ello no fue que abandonaran sus locas pretensiones. Muy al contrario, prosiguieron con su intento. Pensando que la imperfección era humana y no del modelo, decidieron que aún no se parecían lo suficiente a las hormigas y, retomando aquella máxima antigua que dice que de lo que se come se cría (algo que, en plan pseudocientífico propusiera después su paisano Anaxágoras) se aplicaron a devorar hormiguitas para contagiarse de su perfección social. De ahí el nombre de mirmecófagos.

Al parecer, los mirmecófagos desarrollaron un complejo arte culinario a partir de sus pequeñas víctimas pero no se volvieron hormigas ni dotaron a su sociedad de las soñadas perfecciones.

No se sabe si permanecieron mucho tiempo en aquella convicción de que el consumo de hormigas los volvería ciudadanos modelo porque, según la leyenda, sus vecinos espartanos, siempre deseosos de mayor poder, los invadieron con cualquier excusa y, tras arrasar el lugar y sus pobladores, borraron a Myrmex y sus mirmecófagos de la historia.

Más tarde, aquel Diomedes oyó la historia y, tan sorprendido quedó con ella, que decidió redactar su propio relato al respecto. Un texto más o menos antropológico en el que, además de unas cuantas citas clásicas, el buen hombre no se privó de incluir un par de apuntes moralizantes, recordando el deseo melancólico que plasmara Platón de recuperar edades doradas del pasado y buscar perfecciones donde no las hay. Este Diomedes, más realista, aboga por amoldarse a las

circunstancias presentes y tratar de cambiarlas del mejor modo posible y sin necesidad de buscar ideales inalcanzables.

A este respecto, no tengo intención de hacer ninguna valoración personal. Conque aquí lo dejo.

Euforia de Lego

CARTAS AL DIRECTOR
(ausente, enfermo de melancolía)

PREDICAR EN EL DESIERTO

Me entristece sobremanera comprobar como mis palabras caen en el saco roto de la ignorancia y la más abyecta perversión. No me extraña, pues es el signo de estos pérfidos tiempos el de ignorar los buenos consejos y proseguir con prácticas animales que conducirán al fin de nuestra civilización.

Ya he comentado en sus páginas, en repetidas ocasiones, mi preocupación por temas tan trascendentes como el de la persistencia de la familia cristiana, la santidad del matrimonio y el munificente don de la procreación. De nada ha servido. Pero no por eso voy a rendirme. El santo no renegará de su fe por más que un mundo diabólico se empeñe en condenarlo.

Es por eso por lo que quiero pedir desde esta privilegiada tribuna que sean nuestros gobernantes quienes tomen al toro por los cuernos y modifiquen la legislación vigente a favor del matrimonio y la natalidad.

¿En qué sentido? Pues en aquel que favorezca de un modo extremo la procreación en el seno del sacro vínculo marital del matrimonio. ¿Cómo? Sencillo. Toda persona de mi edad sabe con certeza que cualquier ley antigua es siempre mejor que las nuevas. Y es por ello por lo que me atrevo a aconsejar, y aun a exigir, a nuestros gobernantes que reintroduzcan las leyes matrimoniales que estuvieron vigentes durante el mandato de Octaviano Augusto, en época del glorioso –y todavía ateo- Imperio Romano. Parece increíble que una

nación cristiana como la nuestra deba recurrir a leyes de idólatras para recuperar una institución como la del matrimonio.

Me refiero, cómo no, a la llamada *lex Papia Poppaa* –denominada así en honor de los dos cónsules que, a instancias del César, la propusieron: M. Papio Mutilo y Q. Popeo Sabino- que regulaba el matrimonio. Según esta ley era el vínculo del matrimonio un cargo público, un tributo debido al Estado –y aún añadiría yo que a Nuestro Señor- y por tanto eran penalizables determinadas conductas privadas. La ley castigaba la viudez prolongada y honraba a la mujer monógama. También penalizaba con grandes impuestos y dificultades para transmitir y percibir herencias a aquellos que a los veinte años no hubiesen contraído matrimonio. Igual que castigaba a quien tras dos años de viudez o dieciocho meses de divorcio –una pecaminosa práctica también permitida por estos herejes romanos- no hubiera contraído nuevo matrimonio. Castigaba al hombre de sesenta años sin mujer propia y a la mujer sin marido a los cincuenta. A todos ellos los consideraba célibes y merecedores de castigo. E incluso penalizaba a los matrimonios sin hijos. Al contrario, era sumamente generosa con los buenos ciudadanos, considerando en esta nómina a las parejas con hijos legítimos. Hasta tal punto que quien tuviera tres hijos estaba exento de tributar y, si además era pobre, recibía mayor parte de las distribuciones del Estado. Incluso el mero hecho de tener hijos permitía a un latino hacerse ciudadano romano. ¡Qué ejemplo, señores míos, para nuestros tiempos decadentes!

Aunque no soy optimista al respecto. Nuestros pusilánimes gobernantes no se atreverán a imponer una ley tan severa y progresista. Y, si lo hicieren, podría suceder como en tiempos de aquel decadente Imperio de lujuriosos y sodomitas, que la ley no tuviera el éxito pretendido y las gentes prefirieran pecar fuera del matrimonio y no dejar descendencia. Es este el signo de nuestros tiempos pecadores y la razón de que me invada la tristeza. Pero el sentimiento de impotencia no me inmovilizará. Es por eso por lo que pretendo iniciar la recogida de firmas, con la inestimable ayuda del señor Grogrenko y mi muy querido Narcisito, para lograr que este importante asunto sea tratado en nuestro Parlamento. Si quieren colaborar, no tienen más que comunicarlo a la redacción de la revista.

Si no, se quemarán en el Infierno. No crean que me preocupa. Antes bien, me alegraré de que reciban su merecido.

Suya afectísima:

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

(viuda de De Lego e incansable defensora de la familia)

CARTA DE ABEL

No voy a lamentarme por la pérdida del Paraíso. Quizá debería hacerlo, como cualquier mortal. Aunque no lo encuentro del todo lógico. Si mis padres no hubieran caído en el pecado tal vez yo no habría nacido, ni tampoco ninguno de ustedes. En cierto modo podría haber sido una suerte. Mi existencia no supone un recuerdo agradable. La suya tampoco les colmará de satisfacciones, supongo. No lo sé, puesto que no poseo el don de la ciencia infusa.

Ahora, desde mi limbo particular, puedo observar el mundo con cierta perspectiva. Y está claro que el pecado no pudo traer nada bueno al género humano. Menos aún habiendo quedado por herencia tantas generaciones de desalmados cainitas.

Mi nombre es Abel. Ya me conocen. También a mi hermano, de quien todos reniegan. Su padre de ustedes. De todos ustedes, sí. Bien se les nota, pues les vence el amor filial, aunque no quisieran admitirlo.

No pude perdonar a mi envidioso hermano. Tampoco a ustedes, sus descendientes. Yo no era gran cosa. Desde que nuestros padres perdieron el Paraíso y nos trajeron a este mundo, yo traté, humildemente, de congraciarme con el Sumo Hacedor. Y mi hermanito no lo soportaba. En vez de seguir mi ejemplo o mejorarlo, se dedicó a odiarme con todas sus fuerzas hasta que llegó el día en que me asesinó. Y me condenó a este triste y nebuloso limbo en el que moraré por toda la eternidad. ¡Bonito premio a mi bondad!

Es cierto que Caín pagó, en cierto modo, por sus crímenes. Y vagó por el mundo como alma en pena, devorado, de vez en cuando, por los remordimientos. Pero, ¿no soy yo también un alma en pena? Obviamente. Y mi malvado hermanito llegó a peinar canas. Conoció mujer, tuvo hijos y su semilla perduró por los siglos de los siglos hasta la actualidad.

Ustedes, sus descendientes, siempre condenaron el crimen. ¡Oh, sí! Como buenos creyentes abominaron de mi triste asesinato. Pero en el fondo, como buenos hijos, siempre conservaron un cierto afecto por el "bueno" de Caín. Si no basta con leer su literatura, sus ensayos y hasta alguna que otra referencia religiosa.

Caín siempre les ha parecido un personaje más interesante que el bobo de Abel. Caín era un tipo atormentado y sesudo mientras que Abel parecía el pelota simplón que le hacía regalitos a Yahvé. ¡Pues no señores, no era así!

Leyendo su literatura parece que yo provocara a Caín. Que yo era un repelente, un repipi. Alguien demasiado soso como para resultar interesante. En todo caso, incluso considerándome un dechado de virtudes, aquello se convertía en defecto porque mi perfección fue la que perdió al imperfecto Caín.

¡Y una leche! Caín era un cabrón y punto. Para simple y soso él. Por eso me mató. Porque no soportaba su vida insulsa. Porque no soportaba compararse conmigo. Y yo no tengo la culpa de eso. Su mezquindad era suya, no mía. Y, sin embargo, todos ustedes tratan, en el fondo, de justificarlo. Piensan, quizá con razón, que como descendientes suyos pueden haber heredado su estigma y deben comprenderlo y justificarlo por si alguna vez se ven en idéntica tesitura y actúan como los cainitas que son.

Ya sé que muchos de ustedes no me creen. Pero no hace falta pensarlo conscientemente para justificar a mi hermano. Miren sus novelas, su prensa, sus películas. ¿Acaso no son siempre más interesantes los personajes malvados que los bonachones? ¿Acaso no les fascina, en cierta medida, la oscuridad que se esconde tras el mal? ¿Quién leería un periódico hecho de buenas noticias?

No me equivoco, no. Ya lo decían sus Rolling Stones al admitir que sentían una cierta simpatía por el diablo. El mal les fascina. ¿Cómo podrían, pues, condenar de corazón a su padre y mi asesino? No les culpo por ello. Simplemente me fastidia no resultarles tan interesante como un criminal. Y, sobre todo, que no me comprendan.

Sin más, se despide de ustedes su tío:

Abel

EPÍLOGO

¿Te sientes melancólico? ¿Te agrada ese sentimiento? Tal vez, después de leer estas páginas, te has dejado captar por el magnetismo y la oscura luz que despide ese negro Sol de la melancolía del que hablaba el francés Nerval.

Si es así, no te sientas extraño. No te avergüences por ello. Todos nos hemos dejado arrastrar por la complacencia de la tristeza. Nos hemos dejado invadir por la agridulce sensación de pérdida, aunque no sepamos qué es exactamente aquello que perdimos. No es malo dejarse envolver por la melancolía de vez en cuando. Quizá hasta sea sano volver de vez en cuando al pasado y sentir cierta añoranza. Lo malo es convertir esa sensación de pérdida en el centro de nuestra existencia. Renunciar por ella al presente y al futuro. Perderse, en suma, en un nebuloso ayer que tal vez nunca existió.

Lo más agradable y saludable es superar esa tristeza y dejarla como un nuevo recuerdo susceptible de provocar melancolía. Poder decir que, a veces, te sientes melancólico, pero vivir con esperanza y no entre vagos sueños del pasado. El pasado está para recordarlo u olvidarlo, quizá para aprender de él, pero es el futuro el que está hecho para soñar porque en él caben todo tipo de realidades que se crearán sobre la marcha y no a través de la escasamente fiable memoria.

EL PUNTO Y FINAL

Esperamos que hayas disfrutado de este número, aunque sea a través de una moderada dosis de tristeza y de algún recuerdo propio, sugerido por nuestras páginas, que te haya movido a emitir un leve suspiro. Si, contrariamente, esta revista te ha parecido un rollo infumable, lo lamentamos. Deberemos recordar, entonces, con nostalgia los números pasados, los cuales siempre aparecen en nuestra memoria convertidos (de seguro, equivocadamente) en perlas literarias que perdurarán en el tiempo.

Queremos, por supuesto, agradecer su colaboración impagable a Eva Segura por su portada y a José Palomo por la correspondiente

contraportada, a Martin's, Mirandinha, P.A.M. 213, Patxi López, Pipiola, Petra Salgado, El temible burlón, por sus inestimables colaboraciones, y a Antonio Pérez por el grabado de Durero.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

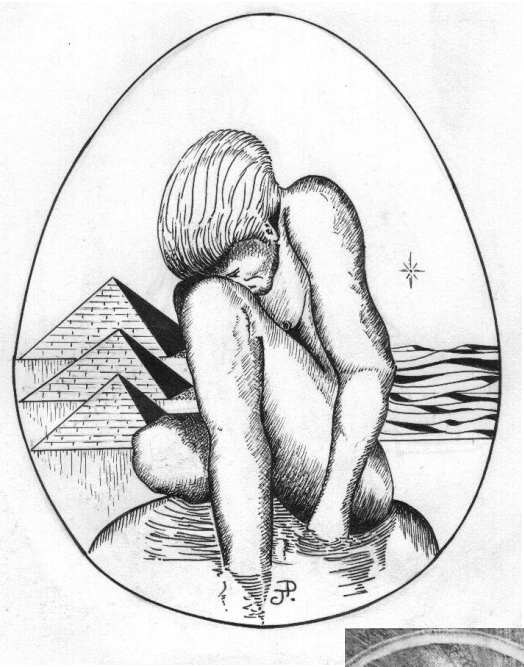
También os podéis bajar las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página en Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.



MELENCOLIA I